

1. Siempre ha sido valioso describir las vidas ilustres de los Santos, para que sirvan como espejo y ejemplo, y como un condimento de la vida de los hombres sobre la tierra. Pues de este modo, de alguna manera, viven entre nosotros incluso después de la muerte, y provocan y revocan a muchos de aquellos que, estando vivos, están muertos, a la verdadera vida. Sin embargo, ahora más que nunca se requiere esto debido a la rareza de la santidad, y nuestra época claramente carente de hombres. Sentimos que esta carencia ha prevalecido tanto sobre nosotros, que nadie duda de que nos afecta esa sentencia: Porque al abundar la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Mateo XXIV, 12). Y sospecho yo, o está presente, o está cerca, de quien está escrito: La miseria precederá su rostro (Job XLI, 13). Si no me equivoco, este es el Anticristo, a quien precede y acompaña el hambre y la esterilidad de todo bien. Ya sea que anuncie lo presente, o que ya esté por llegar, la miseria es evidente. Callo sobre la multitud vulgar y vil de los hijos de este siglo: quiero dirigir mis ojos a las mismas columnas de la Iglesia. ¿A quién me mostrarás, incluso de entre aquellos que parecen dados como luz de las naciones, que no esté más humeando desde lo alto que ardiendo? Y si la luz que hay en ti, dice, son tinieblas, ¡cuán grandes son las tinieblas! (Mateo VI, 23). A menos que tú quizás (lo cual no creo) digas que brillan aquellos que consideran la piedad como ganancia; que en la herencia del Señor, no buscan lo que es del Señor, sino más bien lo que es suyo. ¿Qué digo, lo que es suyo? Que sea perfecto y santo incluso buscando lo suyo y reteniéndolo, si se abstiene de lo ajeno con corazón y manos. Sin embargo, recuerde, quien quizás hasta aquí se considera haber llegado, que se exige el mismo grado de santidad incluso de un pagano. ¿Acaso no se les ordena a los soldados estar contentos con sus sueldos para que sean salvos? (Lucas III, 14). Gran cosa para un doctor de la Iglesia, si es como uno de los soldados: o ciertamente (lo cual el profeta dice en reproche de ellos) como el pueblo, así el sacerdote (Isaías XXIV, 2). ¡Oh deformidad! ¿Será considerado con razón el más alto, quien cayendo desde el más alto grado, apenas se aferra al más bajo, para no ser absorbido por el abismo? ¿Cuán raro es sin embargo este mismo en el clero? ¿A quién me das contento con lo necesario, despreciador de lo superfluo? Sin embargo, hay una ley establecida por los Apóstoles para los sucesores de los Apóstoles: Teniendo sustento y abrigo, dicen, estemos contentos con esto (I Timoteo VI, 8). ¿Dónde está esta forma? La vemos en los libros, pero no en los hombres. Tienes de justo, porque la ley de su Dios está en su corazón (Salmo XXXVI, 31), y no en el código. Ni es este el grado de perfección. El perfecto está preparado para carecer incluso de lo necesario. Pero esto es gratis. ¡Ojalá se ponga un límite a lo superfluo! ¡Ojalá no deseemos infinitamente! Pero, ¿qué? ¿Quizás encuentres a alguien que pueda hacer esto? Eso es difícil: pero mira lo que hemos hecho. Buscábamos un hombre óptimo, liberador de muchos: y he aquí que nos esforzamos en encontrar a alguien que pueda salvarse a sí mismo. Hoy el mejor es quien no es demasiado malo.

2. Por lo tanto, ya que el santo ha desaparecido de la tierra, me parece que no es en vano traer de nuevo al medio a Malquías, obispo, un hombre verdaderamente santo, y de nuestros tiempos, de singular sabiduría y virtud. Este era una lámpara ardiente y brillante: y no se ha extinguido, sino que ha sido apartada. ¿Quién con razón se enojará conmigo si la vuelvo a acercar? En verdad, no hay razón para que los hombres de mi siglo y toda generación futura sean ingratos conmigo, si revivo con la pluma a quien la condición llevó, si devuelvo al mundo a quien el mundo no era digno; si guardo en la memoria de los hombres a un hombre cuya memoria será una bendición para todos los que se dignen leer; si al despertarlo por mi impulso, la voz de la tórtola se escucha en nuestra tierra, diciendo: He aquí que estoy con

vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo XXVIII, 20). Además, está sepultado entre nosotros: a nosotros especialmente nos incumbe esta obra. ¿Qué decir de que el Santo me tenía entre sus amigos especiales, y en tal lugar, que creo que no fui segundo en esta parte de la gloria? No estoy sin recompensa por tanta familiaridad con la santidad: ya he recibido las primicias. Estaba en sus últimos momentos, o más bien en sus comienzos, según aquello: Cuando el hombre ha sido consumado, entonces comienza (Eclesiástico XVIII, 6). Corrí para que la bendición del moribundo viniera sobre mí. Pero él, cuando ya no podía mover otros miembros, fuerte para dar la bendición, levantando sus santas manos sobre mi cabeza, me bendijo, y poseo la bendición por herencia: ¿y cómo podría yo callar sobre él? Finalmente, tú me lo ordenas, abad Congano, reverendo hermano, y dulce amigo mío, y junto contigo (como escribes desde Irlanda) toda vuestra iglesia de los santos. Obedezco con gusto, especialmente porque no exigís elocuencia, sino narración. Me esforzaré para que sea pura y clara, informando a los devotos, no cargando a los fastidiosos. Ciertamente, la verdad de la narración está segura en mí, comunicada por vosotros, no protestando sin duda otra cosa que lo que os consta con certeza.

659 CAPÍTULO I. Infancia y adolescencia de San Malquías.

1. Nuestro Malquías, nacido en Irlanda de un pueblo bárbaro, fue educado allí, allí aprendió las letras. Sin embargo, de su bárbara cuna no arrastró nada, no más que los peces del mar del agua salada materna. ¡Qué dulce es que una barbarie inculta nos haya producido un ciudadano tan urbano de los santos, y doméstico de Dios! Quien produce miel de la roca, y aceite de la piedra más dura, él hizo esto. Sin embargo, sus padres fueron grandes en linaje y poder, según el nombre de los grandes que están en la tierra. Pero su madre, más noble de mente que de sangre, se esforzaba desde el principio de sus caminos por hacerle conocer al niño los caminos de la vida: estimando esto más que la vana ciencia de la literatura secular. Sin embargo, no le faltó ingenio para ambas cosas según su edad. En las escuelas aprendía las letras, en casa el temor del Señor, y con progresos diarios respondía suficientemente a ambos, al maestro y a la madre. Desde el principio tuvo un buen espíritu, por el cual era un niño dócil, y muy amable, maravillosamente grato a todos en todo. Bebía, en lugar de leche del pecho materno, las aguas de la sabiduría salvadora, y cada día se volvía más prudente que él mismo. ¿Diré más prudente o más santo? Si digo ambos, no me arrepentiré: pues diré la verdad. Se comportaba como un anciano en costumbres, siendo un niño en años, sin la lascivia infantil. Y aunque por esto era objeto de reverencia y asombro para todos, no se encontraba más insolente, como suele suceder; sino más bien tranquilo y sumiso en toda mansedumbre. No impaciente con la enseñanza, no rehuía la disciplina, no se cansaba de la lectura, ni deseaba los juegos, que esa edad suele tener como lo más dulce y familiar. Y progresaba sobre todos sus coetáneos en la literatura que le correspondía a su edad. Pues en la disciplina de las costumbres y en el progreso de las virtudes, también brilló sobre todos sus maestros en poco tiempo, no tanto por la madre, como por la unción maestra. Esta, solicitante, no perezosamente se ejercitaba en las cosas divinas, buscaba el secreto, anticipaba las vigiliass, meditaba en la ley, se alimentaba con moderación, oraba con frecuencia. Y como no tenía tiempo para frecuentar la iglesia por el estudio, y por vergüenza no le gustaba; levantaba manos puras en todo lugar hacia el cielo, donde sin embargo podía hacerlo en secreto. Ya entonces era cauteloso para evitar el veneno de las virtudes, la vana gloria.

2. Hay una aldea cerca de la ciudad, en la que el maestro solía ir frecuentemente, con él como único acompañante. Yendo ambos juntos, él, como después relataba, retraía el pie, detenía el paso, y estando detrás del maestro, sin que este lo notara, con las manos extendidas al cielo, lanzaba rápidamente una oración como disparada: y así disimulando, seguía de nuevo al maestro. Con este tipo de piadoso hurto, el niño solía engañar al compañero y al maestro. No

se puede contar todo lo que sus principios adornaron con el color de una buena índole: hay que correr hacia cosas mayores y más útiles. Sin embargo, refiero aún una cosa, que esto, a mi juicio, no solo dio una señal de buena, sino también de gran esperanza en el niño. Excitado alguna vez por la fama de cierto maestro (pues era famoso en las disciplinas que llaman liberales), lo visitó con deseo de aprender. Pues ya captando los últimos momentos de la infancia, anhelaba esas letras. Pero al entrar en la casa, vio al hombre jugando con una aguja, y surcando con trazos frecuentes de manera notable la pared. Y solo con la vista, el niño, ofendido seriamente, porque le parecía que olía a liviandad, se apartó de él, y desde entonces no se preocupó por verlo. Así, aunque era muy estudioso de las letras, sin embargo, por amor a la virtud, las despreció. Con tal preludio, el niño se preparaba para el conflicto que le esperaba en una edad más fuerte: ya él mismo provocaba al adversario. Y así era la infancia de Malquías. Por lo demás, pasó su adolescencia con similar simplicidad y pureza: salvo que al crecer en edad, crecía también en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres.

3. Desde aquí, es decir, desde el inicio de su adolescencia, comenzó a aparecer más claramente qué había en el hombre, y la gracia de Dios en él no parecía vacía. Pues viendo el industrioso joven, cuán en el maligno está el mundo (Juan V, 19), y pensando qué espíritu había recibido, decía dentro de sí: «Este no es el espíritu de este mundo. ¿Qué tiene este que ver con aquel? No hay sociedad de uno con otro, no más que de la luz con las tinieblas. El mío es de Dios, y sé lo que en él me ha sido dado. De ahí me viene por ahora aún la inocencia de vida, de ahí el decoro de la continencia, de ahí el hambre de justicia, de ahí también aquella mi gloria, tanto más segura cuanto más secreta, es el testimonio de mi conciencia. Nada de esto me es seguro bajo el príncipe del mundo. Además, tengo este tesoro en un vaso de barro. Hay que temer que tropiece y se rompa, y se derrame el aceite de alegría que llevo. Y ciertamente no tropezar entre las rocas y escollos del camino torcido y tortuoso de esta vida es difícilísimo. ¿Perderé en un momento todas las bendiciones de dulzura con las que desde el principio fui prevenido? Mejor se lo devuelvo a aquel de quien son, y a mí mismo también. Pues yo también soy suyo. Pierdo mi alma por un tiempo, para no perderla eternamente. Y lo que soy, y todo lo que tengo, ¿dónde estará igualmente seguro, como en la mano del Autor? ¿Quién tan solícito para guardar, tan poderoso para retener, tan fiel para restituir? Guardará seguro, restituirá oportunamente. Sin retractación me doy a servirle de sus dones. No puede perderme nada de todo lo que gaste en obra de piedad. Quizás también se me permita esperar algo más. Suele devolver con usura quien da gratis. Así es. También multiplicará y aumentará en mi alma la virtud.» Esto pensó, y lo hizo, sabiendo que sin hecho son vanos los pensamientos de los hombres.

CAPÍTULO II. Tirocinio de vida religiosa.

4. Había un hombre en la ciudad de Armagh (es la misma en la que Malquías fue criado), y ese hombre era santo, y de vida muy austera, inexorable castigador de su cuerpo, teniendo una celda junto a la iglesia. En ella permanecía, sirviendo con ayunos y súplicas día y noche. A este se dirigió Malquías, para recibir de él la forma de vida, quien se había condenado a sí mismo a tal sepultura en vida. Y mira la humildad. Desde su primera edad había tenido a Dios como maestro en el santo arte (lo cual no es dudoso): y he aquí que se hizo de nuevo discípulo de un hombre, un hombre manso y humilde de corazón. Si no lo sabíamos, él mismo nos lo probó con esto al menos. Lean esto, quienes intentan enseñar lo que no aprendieron, acumulándose discípulos, quienes nunca fueron discípulos, ciegos guías de ciegos. Malquías, enseñado por Dios, no obstante buscó un maestro humano, y lo hizo cauta y sabiamente. ¿Qué cosa semejante, por favor, podría ofrecer, en la que igualmente diera y recibiera prueba de su progreso? Si el ejemplo de Malquías les parece poco, atiendan a la obra de Pablo. ¿Acaso no consideró su Evangelio, que no recibió de hombre, sino de Cristo,

sin embargo digno de ser conferido con hombres, no sea que corriera o hubiera corrido en vano? (Gálatas I, II). Donde él no está seguro, tampoco yo. Si alguien lo sabe, que vea, no sea que no sea tanto seguridad, como temeridad. Pero esto es de otro tiempo.

5. Ahora bien, se oyó en la ciudad lo que había sucedido, y toda ella se conmovió ante la inesperada novedad. Todos se asombraban y admiraban la virtud, tanto más cuanto menos usual en una gente feroz. Entonces verías revelarse los pensamientos de muchos corazones. La mayoría, considerando el hecho con afecto humano, lloraban y se dolían de que el joven, amado por todos y delicado, se hubiera entregado a trabajos tan duros. Otros, sospechando de la ligereza por la edad, desconfiaban de la perseverancia, temían por la caída. Algunos, acusando de temeridad, se indignaban y se enfurecían contra él, porque imprudentemente había emprendido una cosa ardua, por encima de su edad y fuerzas. 661 Pero él no hizo nada sin consejo. Pues tuvo consejo del Profeta, que dice: Bueno es para el hombre llevar el yugo desde su juventud; y añade: Se sentará solitario, y callará, porque se ha levantado sobre sí (Lamentaciones III, 27, 28). Se sentaba el joven junto a los pies de Imario (pues este era el nombre del hombre), y o aprendía obediencia, o mostraba que había aprendido. Se sentaba, como tranquilo, como manso, como humilde. Se sentaba, y callaba, sabiendo según el profeta, que el cultivo de la justicia es el silencio (Isaías XXXII, 17): se sentaba como perseverante, callaba como modesto, salvo que con su silencio hablaba en los oídos de Dios con el santo David: Joven soy yo y despreciado, no he olvidado tus justificaciones (Salmo CXVIII, 141). Y se sentaba mientras tanto solitario, porque sin compañero, y sin ejemplo. ¿Quién antes de Malquías pensaría siquiera en intentar el propósito tan estricto del hombre? Pues era tenido por admirable por todos, no por imitable. Malquías persuadió que era imitable, solo sentándose y callando. En pocos días tuvo no pocos imitadores, provocados por su ejemplo. Así, quien primero se sentó solitario, y único de su padre, se convierte ya en uno de muchos, se convierte de unigénito en primogénito entre muchos hermanos. Y como primero en la conversación, así en la conversación más sublime: y quien vino antes que todos, a juicio de todos brilló sobre todos en virtud. Y fue considerado digno por el obispo y el maestro, para ser promovido al grado de diácono. Y lo obligaron.

CAPÍTULO III. Iniciado en las órdenes, ejerce las funciones del obispo.

6. Desde aquí, ya como levita del Señor, se ciñó públicamente para toda obra de piedad: más aún para aquellas cosas en las que parecía haber alguna injuria. De hecho, tenía el mayor cuidado en enterrar a los pobres difuntos, porque esto le parecía no menos humildad que humanidad. Y no le faltó a nuestro nuevo Tobías una tentación revivida por una mujer, más bien por la serpiente a través de la mujer. Su hermana, horrorizada por la indignidad (como le parecía) del oficio: ¿Qué haces, insensato? deja que los muertos entierren a sus muertos. Y reprochándole esto diariamente, se lo echaba en cara. Pero se respondía a la mujer, con necedad según su necedad: Miserable, tú tienes la voz del casto discurso, pero ignoras la virtud. Así, el ministerio al que había accedido obligado, lo mantuvo devoto, lo ejerció incansablemente. Por lo cual también consideraron que debía imponérsele el oficio sacerdotal. Y así fue hecho. Era, sin embargo, cuando fue ordenado sacerdote, de unos veinticinco años. En ambas ordenaciones tuyas, si algo parece haber procedido fuera de la forma de los Cánones, como verdaderamente parece (pues antes de los veinticinco años obtuvo el ministerio levítico, antes de los treinta la dignidad del sacerdocio), ciertamente debe atribuirse al celo del ordenante, y a los méritos del ordenado. Yo, en verdad, no aconsejo que esto se censure en el santo, ni que se usurpe por quien no sea santo. No contento el obispo, también le confió sus funciones, para sembrar la semilla santa en una gente no santa, y dar al pueblo rudo, y viviendo sin ley, la ley de vida y disciplina. Él recibió el mandato con toda prontitud, como era ferviente en espíritu; no descansando sobre los

talentos, sino ansiando las ganancias. Y he aquí que con la azada de la lengua comenzó a arrancar, destruir, disipar, haciendo de día en día lo torcido en recto, y lo áspero en caminos llanos. Se regocijaba como un gigante para correr por todas partes. Dirías que era un fuego ardiente consumiendo las zarzas de los crímenes. Dirías que era un hacha o un azadón derribando las malas plantaciones, extirpando los ritos bárbaros, plantando los eclesiásticos. Todas las supersticiones vetustas (pues no eran pocas las que se encontraban) las abolía, o cualquier maldad que encontrara, introducida por ángeles malos.

7. En resumen, cualquier cosa desordenada, indecorosa, torcida que encontrara, no la perdonaba su ojo: sino que como granizo los higos gruesos, y como el viento el polvo de la faz de la tierra, así se esforzaba por extirpar y borrar de su pueblo tales cosas por sus fuerzas. Y por todas estas cosas, el mejor legislador entregaba las leyes celestiales. Daba leyes llenas de justicia, llenas de modestia y honestidad. Pero también las sanciones apostólicas y los decretos de los santos Padres, y especialmente las costumbres de la santa Iglesia Romana, las establecía en todas las iglesias. De ahí que hoy en día en ellas se canta y se salmodia a las horas canónicas según la costumbre de toda la tierra. Pues antes no se hacía esto, ni siquiera en la ciudad. Él mismo en su juventud había aprendido el canto, y en su monasterio pronto hizo que se cantara, cuando aún en la ciudad, o en toda la diócesis, no sabían o no querían cantar. Luego, el uso muy saludable de la Confesión, el sacramento de la Confirmación, el contrato de los matrimonios, que todo esto o lo ignoraban, o lo descuidaban, Malaquías lo instituyó de nuevo. Y de estas cosas, esto basta como ejemplo. Pues a lo largo de todo el texto de la historia, por amor a la brevedad, pasamos por alto muchas cosas.

CAPÍTULO IV. Se adhiere a la instrucción completa del obispo Malco.

8. Como tenía un gran interés y celo por el culto de lo divino y la veneración de los Sacramentos, para no establecer o enseñar algo contrario al rito de la Iglesia universal, decidió acudir al obispo Malco [o Malacho], quien lo instruiría completamente sobre todo. Este era un anciano lleno de días y virtudes, y la sabiduría de Dios estaba en él. De nacionalidad irlandesa, había vivido en Inglaterra con el hábito y propósito monacal en el monasterio de Winchester, de donde fue elegido obispo en la ciudad de Lismore en Munster, la más noble entre las demás del reino. Allí se le concedió tanta gracia desde lo alto, que no solo brillaba por su vida y doctrina, sino también por sus señales. Pongo dos de ellas como ejemplo, para que todos sepan qué tipo de maestro en la ciencia de los santos tuvo Malaquías. Sanó a un niño mentalmente perturbado, de los que llaman lunáticos, durante la confirmación con la sagrada unción. Esto fue tan conocido y cierto que pronto lo nombró portero de su casa, y el mismo niño vivió sano en ese oficio hasta la edad adulta. Devolvió el oído a un sordo: en lo cual confesó algo maravilloso, que cuando el santo introdujo sus dedos en ambos oídos, sintió que dos pequeños cerdos salían de ellos. Por estas y otras cosas semejantes, su fama creció, y adquirió un gran nombre; de modo que escoceses e irlandeses acudían a él, y era venerado por todos como un padre común. Así que Malaquías, habiendo recibido la bendición del padre Imario y enviado por el obispo, llegó prósperamente y fue recibido amablemente por el anciano: quien permaneció con él algunos años, para que durante ese tiempo pudiera beber más plenamente del pecho del anciano, sabiendo que está escrito: Porque en los ancianos está la sabiduría (Job XII, 12). Pero tampoco creo que esto haya sido en vano, ya que el gran Proveedor de todo quiso que su siervo Malaquías fuera conocido en un lugar tan célebre por todos, para que fuera de provecho para todos. Pues no podía dejar de ser grato a quienes lo conocieran. Finalmente, ocurrió un hecho por el cual, en parte, lo que era conocido por Dios en él, se manifestó a los hombres.

9. Surgió una disputa entre el rey de Munster (que es la parte sur de Irlanda) y su hermano, y al ser el hermano superior, el rey, expulsado del reino, huyó al obispo Malco. No obstante, no para recuperar el reino con su ayuda, sino que, como un príncipe devoto, dio lugar a la ira y convirtió la necesidad en virtud, eligiendo llevar una vida privada. Y cuando el obispo se preparaba para recibir al rey con el debido honor, él rehusó, diciendo que prefería ser como uno de esos pobres hermanos que lo acompañaban, renunciar a la pompa real y contentarse con la pobreza común, esperando más bien la voluntad del Señor que recuperar el reino por la fuerza; ni quería derramar sangre humana por su honor terrenal, que clamaría contra él a Dios desde la tierra. Al oír esto, el obispo se regocijó y, admirando su devoción, satisfizo su deseo. ¿Qué más? Se le entregó al rey una humilde casa para habitar, y a Malaquías como maestro, con pan, sal y agua para su sustento. Sin embargo, para el rey, las delicias eran la presencia, vida y doctrina de Malaquías, de modo que le decía: ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! más que la miel a mi boca (Salmo CXVIII, 103). Además, cada noche regaba su lecho con lágrimas; y con un baño diario de agua fría extinguía en su carne la lujuria que lo atormentaba. Y orando el rey, decía con el Rey: Mira mi aflicción y mi trabajo, y perdona todos mis pecados (Salmo XXIV, 18). Y Dios no apartó su oración ni su misericordia de él. Y su oración fue escuchada, aunque de manera diferente a lo que él pretendía. Pues él estaba preocupado por su alma; pero Dios, vindicador de la inocencia, queriendo mostrar a los hombres que hay un remanente para el hombre pacífico, preparaba mientras tanto hacer justicia al que sufría la injuria, lo cual él no esperaba en absoluto. Y Dios despertó el espíritu del rey vecino: pues Irlanda no es un solo reino, sino dividida en varios. Este, viendo lo que había sucedido, se llenó de celo: por un lado, indignado por la libertad de los saqueadores y la insolencia de los soberbios; por otro, compadecido por la desolación del reino y la caída del rey, descendió a la celda del pobre: le aconseja regresar, pero no lo persuade. Sin embargo, insiste, promete ayuda, le aconseja no desconfiar del resultado; promete que Dios estará con él, a quien no podrán resistir todos sus adversarios. También le expone la opresión de los pobres y la devastación de la patria, y no logra convencerlo.

10. Sin embargo, al llegar el mandato del obispo y el consejo de Malaquías, de quienes él dependía por completo, finalmente accede. El rey sigue al rey, y según la palabra del rey, como era la voluntad en el cielo, con toda facilidad, expulsados los saqueadores, el hombre es devuelto a lo suyo con el regocijo de los suyos, y restituido a su reino. Desde entonces, aquel rey amó y siempre reverenció a Malaquías: y tanto más cuanto más plenamente había descubierto en el santo varón digna veneración y amor. Pues quien había merecido tanta familiaridad en su adversidad, no podía ignorar su santidad. Por eso, más en su prosperidad, lo honraba con amistades perpetuas y devotos servicios, y lo escuchaba con gusto, y al escucharlo, hacía muchas cosas. Y de esto es suficiente. Sin embargo, no creo que haya sido por casualidad que el Señor lo magnificó entonces en presencia de los reyes: sino porque era un vaso de elección para Él, que llevaría su nombre ante reyes y príncipes.

CAPÍTULO V. Ayuda a su hermana fallecida con la ofrenda del sacrificio.

11. Mientras tanto, murió su hermana, de quien hemos hablado antes. Y no deben pasarse por alto las visiones que tuvo de ella. Pues el santo había aborrecido su vida carnal, y con tal celo, que se había comprometido a no verla en carne viva. Pero una vez liberada de la carne, se liberó el voto, y comenzó a verla en espíritu, a quien no quiso ver en cuerpo. Una noche escuchó en un sueño una voz que le decía que su hermana estaba afuera en el atrio, y que durante treinta días no había probado nada: al despertar, comprendió rápidamente de qué alimento carecía. Y al examinar cuidadosamente el número de días que había escuchado, descubrió que era desde que no había ofrecido por ella el Pan vivo del cielo. Entonces, quien no odiaba el alma de su hermana, sino el pecado, reanudó la beneficencia que había

interrumpido. Y no en vano. Poco después la vio llegar al umbral de la iglesia, aunque aún no podía entrar; también aparecía vestida de luto. Y mientras él perseveraba, cuidando de no fallar en la limosna diaria, la vio por segunda vez vestida de un blanco tenue; admitida dentro de la iglesia, pero no permitida tocar el altar. Finalmente, la vio unirse al grupo de los vestidos de blanco, y vestida de blanco. ¿Ves, lector, cuánto vale la oración continua del justo? En verdad, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. ¿No te parece que la oración de Malaquías actuó de alguna manera como un ladrón ante las puertas celestiales, cuando la mujer pecadora obtuvo con las armas fraternas lo que sus méritos le negaban? Esta violencia, buen Jesús, tú que la sufres, la haces, poderoso y piadoso para salvar, haciendo misericordia y poder en tu brazo, y en tu Sacramento guardando a los santos que están en la tierra, hasta la consumación del siglo. Este Sacramento es ciertamente poderoso para consumir pecados, derrotar potestades adversas, llevar al cielo a los que regresan de la tierra.

CAPÍTULO VI. Restaura el monasterio desolado de Bangor.

12. Y el Señor en la región de Lismore preparaba así a su amado Malaquías para la gloria de su nombre. Sin embargo, quienes lo habían enviado, ya no soportando su ausencia, lo llamaron de regreso con cartas. Una vez devuelto a los suyos, y ciertamente más instruido en todo lo que era necesario; he aquí la obra preparada y reservada por Dios para Malaquías. Un hombre rico y poderoso, que poseía el lugar de Bangor y sus posesiones, inspirado por Dios, inmediatamente le entregó todo en su mano, y también a sí mismo. Y era su tío. Pero para Malaquías, el espíritu valía más que la cercanía de la carne. También le entregó el lugar de Bangor, del cual tomaba su nombre, para que construyera allí un monasterio, o más bien lo reconstruyera. Pues había sido muy noble bajo el primer padre Congall, generando muchos miles de monjes, cabeza de muchos monasterios. Un lugar verdaderamente santo y fecundo de santos, fructificando copiosamente para Dios, de modo que uno de los hijos de esa santa congregación, llamado Luanus, se dice que fue fundador de cien monasterios él solo. Lo menciono para que el lector pueda deducir de este único caso cuán grande fue el resto de la multitud. En efecto, llenaron tanto Irlanda como Escocia con sus descendientes, que esos tiempos parecen haber sido anunciados por los versículos davídicos: Visitaste la tierra y la embriagaste, multiplicaste para enriquecerla. El río de Dios está lleno de aguas, preparaste su alimento, porque así es su preparación. Embriaga sus ríos, multiplica sus frutos; en sus gotas se alegrará el germinante (Salmo LXIV, 10, 11) Y de esta manera los demás que siguen. Y no solo en las mencionadas, sino también en regiones extranjeras, como una inundación, esos enjambres de santos se derramaron. De los cuales, al llegar a nuestras partes galas, el santo Columbano construyó el monasterio de Luxeuil, convirtiéndose allí en una gran nación. Se dice que fue tan grande, que sucediéndose coros unos a otros, se continuaban las solemnidades divinas, de modo que ni un momento del día y la noche quedaba sin alabanzas.

13. Esto se ha dicho sobre la antigua gloria del monasterio de Bangor. Este, destruido en otro tiempo por piratas, debido a su insigne dignidad antigua, Malaquías lo abrazó como si fuera a replantar un paraíso, y porque muchos cuerpos de santos dormían allí. Pues, por no mencionar aquellos que fueron sepultados en paz, se dice que novecientos fueron asesinados a la vez por los piratas. La posesión de ese lugar era grande: pero Malaquías, contento solo con el lugar santo, cedió todas las posesiones y tierras a otro. Pues desde el tiempo en que el monasterio fue destruido, no faltó quien lo poseyera con sus posesiones. Y se elegían incluso y se llamaban abades, conservando el nombre, aunque no la realidad, de lo que había existido antes. Y aunque muchos le aconsejaban no alienar las posesiones, sino retener todo junto para sí, no accedió el amante de la pobreza: sino que hizo elegir, según la costumbre, a quien las poseyera, reteniendo para sí y los suyos el lugar, como hemos dicho. Y tal vez hubiera sido

más prudente, como se vio después, retenerlo íntegro, si no hubiera mirado más por su humildad que por la paz.

14. Así que, por mandato del padre Imario, tomando consigo unos diez hermanos, llegó al lugar y comenzó a construir. Donde un día, mientras cortaba con un hacha, uno de los obreros, al levantar él el hacha en el aire, ocupó imprudentemente el lugar donde el golpe estaba destinado: y cayó sobre su espina dorsal, con el ímpetu que él pudo imprimir con su esfuerzo. Cayó el hombre: todos corrieron, pensando que había sido golpeado de muerte o muerto. Y aunque la túnica estaba rasgada de arriba abajo, el hombre fue encontrado ileso, con la piel apenas y superficialmente marcada, de modo que apenas se veía una señal en la superficie. El hombre estaba ileso, a quien el hacha había derribado, ante la mirada y el asombro de los que estaban alrededor. Por lo cual, se encontraron más animados y más dispuestos al trabajo. Y este fue el comienzo de los signos de Malaquías. Por lo demás, el oratorio fue terminado en pocos días, hecho de maderas pulidas, pero hábil y firmemente ensamblado, una obra escocesa, bastante hermosa. Y desde entonces se sirve a Dios en él, como en los días antiguos; con igual devoción, aunque no con igual número. Malaquías presidió ese lugar por algún tiempo, según lo dispuso el padre Imario, él mismo rector, él mismo regla de los hermanos. Leían en su vida cómo debían comportarse, y él les precedía en justicia y santidad ante Dios: excepto que, además de las instituciones comunes, hacía muchas cosas singularmente, en las cuales más bien precedía a todos, y nadie más podía seguirlo en cosas tan arduas. En ese tiempo y en ese lugar, un hombre enfermó, a quien asistía el diablo, y hablando abiertamente le sugería que nunca creyera en las enseñanzas de Malaquías; pero si entraba a él, lo atacara con un cuchillo y lo matara. Al saberlo, quienes lo atendían, el mismo enfermo lo reveló, llevaron la palabra a Malaquías advirtiéndole. Pero él, tomando las armas habituales de la oración, sin miedo enfrentó al enemigo, y expulsó tanto la enfermedad como el demonio. El nombre del hombre era Malco. Este es hermano según la carne de nuestro Cristiano, abad de Mellifont. Ambos aún viven, ahora más hermanos en espíritu. Pues él, una vez liberado, inmediatamente, no ingrato, convertido en ese mismo lugar al Señor, cambió de hábito y de ánimo. Y los hermanos comprendieron que el maligno envidiaba sus bienes; y se edificaron, haciéndose de ahí en adelante más cautelosos.

CAPÍTULO VII. Cura a un enfermo de disentería.

15. A un clérigo llamado Miguel, que sufría de disentería y estaba desahuciado, enviándole algo de su mesa, lo sanó en el mismo lugar. En una segunda ocasión, al mismo, gravemente enfermo, lo curó tanto de cuerpo como de mente. Pues inmediatamente se adhirió a Dios y a Malaquías, su siervo, temiendo que algo peor le sucediera si nuevamente se encontraba ingrato a tan gran beneficio y milagro. Y ahora, según hemos oído, preside un monasterio en partes de Escocia: y este es el último de todos los que él fundó. Por estas cosas, crecía cada día la opinión y la congregación de Malaquías, y un gran nombre para él dentro y fuera, aunque no mayor que la realidad. Pues allí residía incluso siendo obispo, porque el lugar estaba cerca de la ciudad.

CAPÍTULO VIII. Acepta, aunque a regañadientes, eliscopado de Connor.

16. Vacaba en ese tiempo la sede episcopal, y ya había estado vacante por mucho tiempo, pues Malaquías no quería aceptar, aunque lo habían elegido. Sin embargo, persistiendo ellos, finalmente cedió, al recibir el mandato de su maestro, así como del metropolitano, para que se le hiciera fuerza. Casi en su trigésimo año de vida, Malaquías fue consagrado obispo e introducido en Connor: pues este es el nombre de la ciudad. Pero cuando comenzó a actuar según su oficio, entonces el hombre de Dios comprendió que no había sido destinado a

hombres, sino a bestias. Nunca antes había encontrado tales en ninguna barbarie, en ninguna parte había hallado tan obstinados en costumbres, tan feroces en ritos, tan impíos en la fe, tan bárbaros en leyes, tan tercos en disciplina, tan impuros en vida. Cristianos de nombre, en realidad paganos. No daban diezmos, ni primicias, no contraían matrimonios legítimos, no hacían confesiones; no se encontraba ni quien pidiera penitencias, ni quien las diera. Los ministros del altar eran muy pocos. Pero, ¿qué necesidad había de más, donde esa misma escasez entre los laicos casi ociosa permanecía? No había de qué fructificar con sus oficios en un pueblo malvado. Pues en las iglesias no se escuchaba ni la voz del predicador, ni del cantor. ¿Qué haría el atleta del Señor? O cedería vergonzosamente, o lucharía peligrosamente. Pero quien se reconocía pastor, y no mercenario, eligió permanecer antes que huir, dispuesto incluso a dar su vida por las ovejas, si fuera necesario. Y aunque todos eran lobos, y no había ovejas; permaneció en medio de los lobos un pastor intrépido, ingenioso en todo sentido, en cómo hacer ovejas de los lobos. Amonestar en común, reprender en secreto, llorar por cada uno; a veces severo, a veces suave, según veía que convenía a cada uno. En aquellos en quienes menos progresaba con esto, ofrecía un corazón contrito y humillado por ellos. ¡Cuántas veces pasó noches enteras en vela, extendiendo sus manos en oración! Y como no querían venir a la iglesia, les salía al encuentro en las calles y plazas; y recorriendo la ciudad, buscaba ansioso a quien pudiera ganar para Cristo.

17. Pero también fuera, recorría frecuentemente los campos y aldeas con ese santo séquito de sus discípulos, que nunca faltaban a su lado. Iba y distribuía, incluso a los ingratos, la medida del trigo celestial. Y no se desplazaba a caballo, sino que iba a pie, y en esto se probaba a sí mismo como un hombre apostólico. ¡Buen Jesús! ¡Cuánto sufrió por tu nombre tu guerrero de los hijos malvados! ¡Cuánto soportó de aquellos mismos a quienes y por quienes hablaba bien de ti! ¿Quién podría expresar dignamente, en cuántas cosas fue acosado, con qué injurias fue afligido, cuántas veces fue agotado por el hambre, cuántas veces afligido por el frío y la desnudez? Sin embargo, con aquellos que odiaban la paz, era pacífico, insistiendo no obstante oportunamente, inoportunamente. Blasfemado, suplicaba; injuriado, oponía el escudo de la paciencia, y vencía el mal con el bien. ¿Por qué no habría de vencer? Perseveró llamando, y según la promesa, finalmente al que llama se le abrió (Lucas XI, 9). ¿Cómo no habría de seguir lo que la verdad había predicho que seguiría? La diestra del Señor hizo virtud, porque la boca del Señor habló verdad. Cedió la dureza, la barbarie se calmó; y la casa exasperante comenzó poco a poco a suavizarse, a admitir la corrección, a recibir la disciplina. Se eliminan las leyes bárbaras, se introducen las romanas; se reciben en todas partes las costumbres eclesiásticas, se rechazan las contrarias; se reconstruyen las basílicas, se ordena el clero en ellas. Se celebran solemnemente los sacramentos, se hacen confesiones, las gentes acuden a la iglesia, la celebración del matrimonio dignifica la concubinato; finalmente, todo se transforma para mejor; de modo que hoy a esa gente le conviene lo que el Señor dice por el profeta: El que antes no era mi pueblo, ahora es mi pueblo (Oseas II, 24).

CAPÍTULO IX. Construye el monasterio de Ibracense.

18. Sucedió que después de algunos años la ciudad fue destruida por un rey de la parte norte de Irlanda, porque del norte se extiende todo mal (Jerem. I, 14). Y tal vez ese mal fue un bien para quienes lo usaron bien. ¿Quién sabe si con tal flagelo Dios quiso borrar los antiguos males de su pueblo? Obligado por esta necesidad, Malachías también salió con la multitud de sus discípulos. Y su salida no fue ociosa. En esta ocasión se construyó el monasterio de Ibracense, yendo Malachías con sus ciento treinta [o ciento veinte] hermanos. Allí se encontró con el rey Cormac. Él es quien, habiendo sido expulsado del reino, bajo el cuidado de Malachías recibió consuelo de la misericordia de Dios. Y ese lugar estaba situado en su

reino. El rey se alegró al ver a Malachías, ofreciéndose a sí mismo y todo lo suyo a él y a los que estaban con él, como alguien no ingrato ni olvidadizo del beneficio recibido.

Inmediatamente se trajeron muchos animales para el uso de los hermanos, y además se entregaron muchas cosas en oro y plata para los gastos de los edificios, según la liberalidad real. Él mismo entraba y salía con ellos, diligente y servicial, con el hábito de rey, pero con el ánimo de discípulo de Malachías. Y el Señor bendijo aquel lugar por causa de Malachías. Y en breve se hizo grande en bienes, posesiones y personas. Allí, como comenzando de nuevo, la ley y la disciplina que imponía a otros, él mismo las llevaba más como obispo y maestro. Él mismo, en el orden de su turno, servía en el ministerio de la cocina; él mismo servía a los hermanos cuando se sentaban a la mesa. Entre los hermanos que se sucedían para cantar o leer en la iglesia, no permitía que se le pasara por alto, cumpliendo él mismo con diligencia su oficio en su lugar, como uno de ellos. No solo se mostraba partícipe de la santa pobreza, sino también su principal, siendo especialmente sobre todos el más ferviente emulador de ella.

CAPÍTULO X. Se convierte en arzobispo o primado de Irlanda.

19. Mientras estas cosas sucedían, el arzobispo Celsus enfermó: y él es quien ordenó a Malachías como diácono, presbítero y obispo: y sabiendo que iba a morir, hizo como un testamento, para que Malachías le sucediera, ya que no parecía haber otro más digno para ser obispo en la sede principal. Esto lo anunció a los presentes, lo mandó a los ausentes, y lo ordenó especialmente a ambos reyes de Munster y a los principales de la tierra, con la autoridad de San Patricio. Por la reverencia y honor de este, como apóstol de esa gente, que había convertido a toda la patria a la fe, esa sede, en la que vivió y murió, es tenida desde el principio en tanta veneración por todos, que no solo los obispos, sacerdotes y los que son del clero, sino también toda la universidad de reyes y príncipes está sujeta al metropolitano en toda obediencia, y él solo preside sobre todos. Sin embargo, había arraigado una pésima costumbre por la diabólica ambición de algunos poderosos, de que la santa sede se obtuviera por sucesión hereditaria. Pues no permitían que fuera obispo sino quien fuera de su tribu y familia. Y no poco había avanzado esta execrable sucesión, habiendo transcurrido ya en esta malicia unas quince generaciones. Y hasta tal punto había afirmado para sí un derecho perverso, o más bien una injuria que merecía toda muerte, esa generación mala y adúltera, que aunque a veces faltaran clérigos de esa sangre, nunca faltaban obispos. De hecho, ya habían existido antes de Celsus ocho hombres casados y sin órdenes, aunque letrados. De ahí toda aquella disolución de la disciplina eclesiástica por toda Irlanda, la debilitación de la censura, la evacuación de la religión: de ahí aquella barbarie cruel introducida en todas partes en lugar de la mansedumbre cristiana, o más bien un cierto paganismo introducido bajo el nombre cristiano. Pues (lo cual es inaudito desde el mismo inicio del cristianismo) sin orden, sin razón, se cambiaban y multiplicaban los obispos a capricho del metropolitano, de modo que un solo obispado no se contentaba con uno, sino que casi cada iglesia tenía su propio obispo. Y no es de extrañar: pues ¿cómo podrían estar sanos los miembros de una cabeza tan enferma?

20. Por estas cosas, Celsus, y dolido vehementemente por estos males de su pueblo (pues era un hombre bueno y temeroso), se preocupó de tener a Malachías como su sucesor, confiando en que por él podría desarraigarse la mal enraizada sucesión: quien era querido por todos, y a quien todos emulaban, y el Señor estaba con él. Y no fue defraudado en su esperanza. Pues muerto él, fue sustituido por Malachías, aunque no de inmediato, ni fácilmente. He aquí que del linaje malvado surge quien ocupa el lugar, llamado Mauricio. Este, durante cinco años, apoyado en el poder secular, se apoderó de la Iglesia, no como obispo, sino como tirano. Pues los votos de los piadosos se inclinaban más hacia Malachías. De hecho, le persuadían para

que asumiera la carga según la constitución de Celsus: pero él, que evitaba todo lo elevado como si fuera su propia caída, parecía haber encontrado una buena ocasión para excusarse, ya que en ese momento su entrada no podría ser pacífica. Insistían en tan santa obra, y todos lo solicitaban; especialmente dos obispos, Malco y Gilberto: el primero es el anciano de Lismore, del que se hizo mención antes (Cap. 4); el otro, quien se dice que fue el primero en ejercer la legación de la Sede Apostólica por toda Irlanda. Quienes, después de tres años de esta presunción de Mauricio, y de la disimulación de Malachías, no soportando más el adulterio de la iglesia y la deshonra de Cristo, convocaron a los obispos y príncipes de la tierra, y con un solo espíritu se dirigieron a Malachías, dispuestos a usar la fuerza. Pero él se negó al principio; alegando la dificultad de la situación, la multitud, fortaleza y ambición de esa noble estirpe: que era mucho para él, un pobre, oponerse a tantos, tan grandes, tan bien arraigados, que ya casi doscientos años habían poseído el santuario de Dios como herencia, y que ahora también lo habían pre-ocupado: que no podían ser extirpados, ni siquiera con la muerte de los hombres: que no le correspondía a él que se derramara sangre humana por su causa: finalmente, que estaba unido a otra esposa, a la que no le era lícito abandonar.

21. Pero ellos, insistiendo por el contrario, y clamando que la palabra había salido del Señor; y además, ordenándole con toda autoridad que asumiera la carga, y amenazándole con anatema: «Me lleváis a la muerte,» dijo, «pero obedezco con la esperanza del martirio, con la condición, sin embargo, de que si según vuestra fe las cosas mejoran, y Dios reclama su herencia de los que la saquean, entonces, una vez que todo esté consumado, y la Iglesia tenga paz, se me permita regresar a mi primera esposa, mi amiga, de la que soy arrebatado, la pobreza; y que se sustituya por mí a otro que entonces se encuentre idóneo.» Nota, lector, la virtud del hombre, y la pureza de su ánimo, que ni busca el honor, ni teme la muerte por el nombre de Cristo. ¿Qué hay más puro que este ánimo, o más fuerte, que exponiéndose al peligro y al trabajo, cede el fruto a otro, la misma seguridad y paz en el lugar de preeminencia? Hace esto, mientras se reserva libremente por pacto el regreso a la pobreza; con la paz y libertad de la Iglesia restauradas. Con ellos prometiéndole, finalmente accedió a su voluntad, o más bien a la de Dios, quien ya hace tiempo le había mostrado lo que ahora lamentaba [o deseaba] que se hiciera de él. Pues ya con Celsus enfermo, se le apareció a Malachías, estando él lejos y sin saberlo, una mujer de alta estatura y rostro reverente. Al preguntarle quién era, le respondieron que era la esposa de Celsus. Quien, entregándole el báculo pastoral que tenía en la mano, desapareció. Pocos días después, Celsus, al morir, envió su báculo a Malachías, como a su sucesor: y cuando lo vio, reconoció que era el mismo que había visto. Este recuerdo en particular de la visión aterrizó a Malachías: no fuera que, si (lo que había disimulado bastante tiempo) seguía negándose, pareciera que resistía ya a la voluntad divina. Sin embargo, no entró en la ciudad mientras vivió aquel usurpador, para que no sucediera que muriera alguno de aquellos a quienes venía más bien a ministrar vida. Así, durante dos años (pues ese tiempo sobrevivió aquel) actuando fuera de la ciudad, ejerció con diligencia en toda la provincia la obra episcopal.

CAPÍTULO XI. Evita insidias indemne, con los autores malogrados.

22. Muerto aquel rápidamente, de nuevo un tal Nigellus, o más bien negrísimo, usurpó la sede. Y en esto Mauricio, aún vivo, había previsto para su alma, que lo tuviera como heredero: en quien, saliendo condenado, persistiera en añadir obras de condenación. Pues también él era de la progenie condenada, pariente de Mauricio. Sin embargo, el Rey, los obispos y los fieles de la tierra se reunieron igualmente para introducir a Malachías. Y he aquí el consejo de los malignos en contra. Un cierto hijo de Belial, pronto para la maldad, poderoso en iniquidad, sabiendo el lugar donde habían decidido reunirse, reuniendo a muchos consigo, ocupa secretamente una colina cercana en frente: desde donde, mientras ellos

trataban otras cosas, con un repentino ímpetu se lanzaran sobre los incautos, y mataran a los inocentes. Pues habían acordado también matar al Rey con el obispo, para que no hubiera quien vengara la sangre justa. El asunto se hizo conocido a Malachías, y entrando en la iglesia (pues estaba cerca) con las manos levantadas oró al Señor, y he aquí nubes y oscuridad, y también agua tenebrosa en las nubes del aire, convirtieron el día en noche. Relámpagos y truenos y horribles espíritus de tormentas amenazan el último día, y todos los elementos anuncian una muerte cercana.

23. Y para que sepas, lector, que la oración de Malachías conmovió los elementos; la tempestad interceptó solo a aquellos que buscaban su vida; solo el torbellino oscuro envolvió a aquellos que preparaban obras de tinieblas. De hecho, el mismo que había sido el principal de tan gran mal, fue fulminado y pereció con otros tres: y fueron compañeros de muerte, quienes habían sido partícipes del crimen. Cuyos cuerpos al día siguiente fueron encontrados semi-quemados y podridos, colgando de las ramas de los árboles, donde cada uno había sido lanzado por el viento. También se encontraron otros tres medio vivos: todos los demás dispersos por todas partes. Pero a aquellos que estaban con Malachías, aunque cercanos en lugar, la tempestad no los tocó en absoluto, ni les causó molestia alguna. En este hecho tomamos un reciente experimento de la verdad de aquella palabra, porque la oración del justo penetra los cielos (Ecli. XXXV, 21). Pero también un nuevo ejemplo del antiguo milagro, por el cual, mientras toda Egipto estaba en tinieblas, solo Israel permaneció en luz, diciendo la Escritura: Dondequiera que estaba Israel, había luz (Éxodo X, 23). Aquí me viene a la mente también el hecho del santo Elías, ahora de los extremos de la tierra sacando nubes y lluvias (III Reyes XVIII, 45), ahora invocando fuego del cielo sobre los blasfemos (IV Reyes I, 10). Y ahora de manera similar Dios fue glorificado en su siervo Malachías.

CAPÍTULO XII. Aplaca a los enemigos o rivales, armados contra él, con la virtud de su ánimo y su constante fe en Dios, conciliándolos a su favor.

24. En el año trigésimo octavo de su edad, el pobre Malachías, expulsado el usurpador, entró en Armagh, como pontífice y metropolitano de toda Irlanda. Con el rey y los demás que lo habían introducido regresando a sus propios lugares, él permanece en la mano de Dios, y le quedan fuera luchas, dentro temores. Pues he aquí la progenie de víboras, rechinando y vociferando que se les deshereda, se levanta toda dentro y fuera contra el Señor y contra su Cristo. Por su parte, Nigellus, viendo que le amenazaba la huida, se llevó consigo ciertos insignias de esa Sede, a saber, el texto de los Evangelios, que fue del beato Patricio, y un báculo cubierto de oro y adornado con gemas preciosísimas, que llaman el báculo de Jesús, porque el mismo Señor (según se dice) lo sostuvo y formó con sus manos. Y estas cosas son de suma dignidad y veneración en esa gente. Pues son muy conocidas y célebres entre los pueblos, y en tal reverencia por todos, que quien sea visto con ellas, el pueblo necio e insensato lo tiene por obispo. Iba el hombre vagabundo, y otro satanás recorría la tierra, y la atravesaba, llevando consigo las insignias sagradas: que mostrando por todas partes, en todas partes era recibido por su gracia, conciliándose así los ánimos de todos, y apartando de Malachías a cuantos podía. Esto hacía él.

25. Había un cierto príncipe de los más poderosos de la progenie iniqua, a quien el Rey, antes de salir de la ciudad, había obligado a jurar mantener la paz con el Obispo, habiéndole dado además muchos rehenes. Este, después de la salida del Rey, no obstante, ingresó en la ciudad, y tuvo consejo con sus parientes y amigos, sobre cómo capturar al santo con engaño y matarlo: pero temían al pueblo. Y conjurándose para la muerte de Malachías, fijaron lugar y día, y el traidor les dio una señal. En el mismo día, cuando ya se celebraban los solemnes oficios vespertinos en la iglesia, el Obispo con todo el clero y la multitud del pueblo, envía a

aquel malvado en palabras pacíficas pero engañosas, rogándole que se digne descender a él, para hacer la paz. Respondiendo los que asistían, que más bien él debía venir al Obispo; que la iglesia era un lugar más adecuado para confirmar la paz: pues habían presentido el engaño. Añaden los enviados, que esto no era seguro para el príncipe: que temía por su vida, y no se fiaba de las turbas, que por causa del Obispo casi lo habían matado días antes. Discutiendo de esta manera, aquellos para que fuera, estos para que no fuera; el Obispo, deseoso de paz y no temeroso de la muerte: «Dejadme,» dijo, «hermanos, dejadme imitar a mi Maestro. En vano soy cristiano, si no sigo a Cristo. Tal vez doblegue con humildad al tirano, y si no, al menos venzo mostrando al pastor lo que debe al laico, lo que él me debía. También a vosotros, en lo que a mí respecta, no poco os edifico con tal ejemplo. Pues ¿qué si sucede que me maten? No rehúso morir, para que vosotros tengáis de mí un ejemplo de vida. Conviene que el obispo, como dice el Príncipe de los obispos, no domine en el clero, sino que sea ejemplo del rebaño (I Pedro V, 3). No hay otra forma, ciertamente, que la que recibimos de aquel que se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte. ¿Quién me dará dejar esta señalada a los hijos con mi sangre? Experimentaréis ciertamente, si vuestro sacerdote ha aprendido dignamente de Cristo, no temer la muerte por Cristo.» Y levantándose, comenzó a ir, llorando todos y suplicándole, que no deseara tanto morir por Cristo, dejando tan desolado el rebaño de Cristo.

26. Pero él, poniendo toda su esperanza en el Señor, con toda alegría prosiguió, acompañado solo por tres discípulos, dispuestos a morir con él: quienes, al cruzar el umbral de la casa, de repente se encontraron en medio de los armados, él mismo protegido por el escudo de la fe; los rostros de todos cayeron, porque el temor cayó sobre ellos, de modo que el Obispo pudo decir: Mis enemigos que me afligen, ellos mismos se debilitaron y cayeron (Salmo XXVI, 2). Esta palabra es verdadera. Verías a la víctima de pie, rodeada por todas partes de verdugos con manos armadas: y no había quien inmolara. Pensarías que los brazos estaban atónitos: así no hubo quien extendiera la mano. Pues incluso aquel que parecía la cabeza de la maldad, se levanta más bien para honrarlo que para atacarlo. ¿Dónde, pregunto, está la señal, oh hombre, que diste para la muerte del Pontífice? Esto es más bien una señal de honor, que un indicio de muerte. Es deferir, no infligir muerte. ¡Cosa maravillosa! Ofrecen paz, quienes habían preparado la muerte. No hay razón para que se niegue, quien incluso con peligro de vida la había buscado. Así que se hizo la paz, y tan firme, que desde ese día el Sacerdote no solo tuvo al enemigo pacificado, sino sometido, devoto. Al oír esto, todos los fieles se alegraron, porque no solo se salvó la sangre inocente en ese día; sino que también las almas de muchos culpables, por los méritos de Malachías, escaparon a la salvación. Y el temor se apoderó de todos alrededor, al oír cómo Dios derribó con tan repentina fuerza a dos de sus enemigos, que parecían los más feroces y fuertes en su generación: hablo de este que está en manos, y de aquel del que hablé antes. Pues a uno lo castigó terriblemente en el cuerpo, al otro lo cambió misericordiosamente en el corazón, a ambos los atrapó maravillosamente en los consejos que planeaban.

27. Así hechas estas cosas, el Obispo comenzó ya en la ciudad a disponer y ordenar con toda libertad sobre todo lo que pertenecía a su ministerio, no obstante, sin continuo peligro para su vida. Pues aunque ya no había quien abiertamente le hiciera daño, de los que acechaban, ni el lugar era suficientemente seguro para el Obispo, ni el tiempo libre de peligro. Y se le asignaron hombres armados para su custodia día y noche: pero él confiaba más en el Señor. Fue, pues, el consejo, perseguir al mencionado cismático, ya que seducía a muchos con las insignias que llevaba, persuadiendo a todos de que él debía ser obispo; y así incitando a las gentes contra Malachías, y la unidad de la Iglesia. Y así lo hizo: y sin dificultad, en breve tiempo cerró todas sus vías por la gracia que le fue dada por el Señor, y que tenía para con todos, de modo que aquel maligno se vio obligado a rendirse, devolver las insignias, y

permanecer en adelante en toda sumisión. Así Malachías, aunque a través de muchos peligros y trabajos, prosperaba día a día, y se fortalecía más y más, abundando en esperanza y en virtud del Espíritu Santo.

CAPÍTULO XIII. Dios castiga a los detractores de Malachías.

28. No solo a los malhechores, sino también a los detractores de Malachías corrigió Dios. Un cierto hombre, por ejemplo, que tenía el favor de los príncipes y poderosos, incluso del mismo Rey, por ser adulador y hablador, y poderoso en lengua; favorecía en todo a los adversarios de Malachías, y defendía procazmente su parte: al Santo presente le resistía en la cara, y al ausente le calumniaba, encontrándose con él irreverentemente en todo lugar, especialmente donde sabía que él asistía a reuniones más concurridas. Pero pronto fue recompensado con el merecido salario de su lengua procaz. Se hinchó y pudrió la lengua maledicente, con gusanos brotando de ella, y fluyendo por toda la boca blasfema: que vomitando incesantemente durante casi siete días, finalmente con ellos exhaló su miserable alma.

29. Mientras Malachías hablaba y exhortaba al pueblo, una mujer infeliz se atrevió a interrumpir su sermón con gritos impropios, sin mostrar respeto al sacerdote ni al espíritu que hablaba. Era de una progenie impía y, con un espíritu en sus narices, vomitaba blasfemias e insultos contra el Santo, llamándolo hipócrita e invasor de una herencia ajena, e incluso reprochándole su calvicie. Pero él no le respondió nada, siendo verdaderamente modesto y manso; sin embargo, el Señor respondió por él. Ella se volvió loca, juzgada por el Señor, y clamando repetidamente que Malachías la estaba asfixiando, finalmente pagó con una muerte horrenda el pecado de blasfemia. Así, la miserable, al asumir contra Malachías el reproche de Eliseo (IV Reg. II, 24), verdaderamente experimentó en él a otro Eliseo.

30. Además, debido a una peste que había surgido en la ciudad, había sacado solemnemente a una multitud de clérigos y pueblo con las reliquias [o memoria] de los santos, y no debe pasarse por alto que, al orar Malachías, la peste cesó de inmediato. Desde entonces, no hubo quien murmurara contra él, diciendo aquellos que son de la semilla de Canaán: "Huyamos de Malachías, porque el Señor lucha por él". Pero era tarde para eso, porque el celo del Señor, encontrándolos por todas partes, los persiguió hasta su destrucción. ¿Cómo en pocos días pereció su memoria con estruendo? ¿Cómo se convirtieron en desolación, de repente desaparecieron, perecieron por su iniquidad? Aún hoy es un gran milagro la rápida eliminación de esa generación, especialmente para aquellos que conocían su soberbia y poder. Hubo también muchas otras señales con las que Dios glorificó su nombre y fortaleció a su siervo entre sudores y peligros. ¿Quién podría recordarlas dignamente? Sin embargo, no pasamos por alto todas, aunque no podamos abarcar todas. Para que no se interrumpa la secuencia de la narración, reservamos algunas de las que vamos a contar para el final.

CAPÍTULO XIV. Renuncia a la sede metropolitana devuelta a la paz.

31. Así, Malachías, en el plazo de tres años, habiendo devuelto la retribución a los soberbios, restituido la libertad de la Iglesia, expulsada la barbarie y reformadas en todas partes las costumbres de la religión cristiana, viendo que todo estaba en paz, comenzó a pensar también en su propia paz. Y recordando su propósito, designó a Gelasio, un hombre bueno y digno de tal honor, con el consentimiento del clero y el pueblo, o más bien, con su apoyo debido al pacto. Pues de otro modo les habría parecido muy duro. Una vez consagrado, y recomendado atentamente a los reyes y príncipes, él, glorioso por sus milagros y triunfos, regresó a su

parroquia, aunque no a Connereth. Y escucha una razón digna de ser relatada. Se dice que esa diócesis había tenido antiguamente dos sedes episcopales y dos obispados. Eso le pareció mejor a Malachías. Así que lo que la ambición había unido en uno, Malachías lo devolvió a dos, cediendo una parte a otro obispo y reteniendo una parte para sí. Y por eso no fue a Connereth, porque ya había ordenado un obispo allí, sino que se dirigió a Dunum, dividiendo las parroquias como en los días antiguos. ¡Oh corazón puro! ¡Oh ojo de paloma! Cedió el lugar al nuevo obispo, que parecía más preparado, que se consideraba más principal; el lugar en el que él mismo había sentado. ¿Dónde están aquellos que litigan por los límites, ejerciendo enemistades perpetuas entre sí por una sola aldea? No sé si alguna clase de hombres es más tocada por la antigua profecía que estos: "Desgarraron a las mujeres embarazadas de Galaad para ensanchar sus límites" (Amós I, 13). Pero eso es otro asunto.

32. Malachías, hecho obispo de Dunum, inmediatamente a su manera se preocupó por asociar a su consuelo un convento de clérigos regulares de entre sus hijos. Y he aquí que nuevamente se ciñe, como un nuevo soldado de Cristo, para la lucha espiritual; nuevamente se viste con las armas poderosas en Dios, la humildad de la santa pobreza, el rigor de la disciplina monástica, el ocio de la contemplación, la asiduidad en la oración: todo lo cual, sin embargo, pudo mantener más tiempo en voto que en acto. Pues todos acudían a él; no solo los mediocres, sino también los nobles y poderosos se apresuraban a encomendarse a su sabiduría y santidad para ser instruidos, corregidos y gobernados. Y él a veces iba y salía a sembrar su semilla, disponiendo y decidiendo con toda autoridad sobre los asuntos eclesiásticos, como uno de los Apóstoles. Y nadie le decía: "¿Con qué autoridad haces esto?", viendo todos las señales y prodigios que hacía; y porque donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad (II Cor. III, 17).

CAPÍTULO XV. Decide ir a Roma para solicitar el palio al Pontífice.

33. Sin embargo, le pareció que no era suficientemente seguro actuar sin la autoridad de la Sede Apostólica, y decidió ir a Roma: especialmente porque a la sede metropolitana le faltaba aún, y había carecido desde el principio, el uso del palio, que es la plenitud del honor. Y le pareció bien a sus ojos, si la Iglesia, por la que tanto había trabajado, adquiriera con su esfuerzo y trabajo lo que hasta entonces no había tenido. Había también otra sede metropolitana, que había sido constituida de nuevo por Celsus, pero subordinada a la primera sede y a su arzobispo, como primado. Y Malachías deseaba igualmente para esta el palio, y que la prerrogativa que había merecido adquirir por el beneficio de Celsus fuera confirmada por la autoridad de la Sede Apostólica. Al conocerse su propósito, no agradó a los hermanos, ni a los magnates ni al pueblo de la tierra. Todos juzgaban intolerable para ellos la ausencia tan prolongada de su piadoso padre, y temían por su muerte.

34. Mientras tanto, ocurrió que murió su hermano, llamado Christianus, un hombre bueno, lleno de gracia y virtud. Era obispo, el segundo en opinión célebre, pero quizás no inferior en santidad de vida y celo por la justicia. Su fallecimiento aterrorizó más a todos, y hizo más molesta la partida de Malachías. Decían que de ninguna manera se debía consentir en la peregrinación del único patrón, para que no se desolara toda la tierra si se quedaba sin dos columnas tan grandes al mismo tiempo. Por lo tanto, todos se opusieron unánimemente. Y le hicieron fuerza, hasta que él amenazó con la venganza divina. Sin embargo, no desistieron hasta que, echando suertes, consultaron primero la voluntad de Dios sobre esto. A pesar de su prohibición, enviaron las suertes: pero estas respondieron tres veces a favor de Malachías. Pues no se contentaron con una sola vez, deseosos de retenerlo. Finalmente, cediendo, lo dejaron ir, no sin mucho llanto y lamento. Pero para no dejar nada incompleto, comenzó a tratar cómo suscitar la descendencia de su difunto hermano. Y llamando a tres de sus

discípulos, se preocupó ansiosamente por quién sería más digno o más útil para esta obra. Y observando atentamente a cada uno: "Tú," dijo, "oh Edano" (pues así se llamaba uno), "asume la carga." Al vacilar y llorar él: "No temas," dijo, "porque tú me has sido designado por el Señor, ya que he visto de antemano el anillo de oro con el que serás desposado en tu dedo." Él accedió, y Malachías, una vez consagrado, partió.

35. Y cuando salió de Escocia y llegó a York, un sacerdote llamado Sycarus, al verlo, lo reconoció. Pues no había visto su rostro antes, pero teniendo el espíritu de profecía, ya le había sido revelado sobre él. Y ahora, sin dudarle, señalándolo con el dedo a los que estaban alrededor: "Este es," dijo, "de quien dije que vendría un santo obispo de Irlanda, que conoce los pensamientos de los hombres." Así, no pudo ocultarse la lámpara bajo el celémín, revelándola por la boca de Sycarus el Espíritu Santo que la había encendido. Pues también muchas cosas secretas sobre él y los suyos le fueron dichas por Sycarus, que reconoció que todas eran así o habían sido. Y a los compañeros de Malachías que preguntaban sobre su regreso, Sycarus respondió sin dudarle (lo que después probó el evento), que muy pocos de ese número regresarían con el Obispo. Al oír esto, sospecharon de la muerte: pero Dios lo cumplió de otra manera. Pues al regresar de la Ciudad, dejando a algunos con nosotros, y a otros en otros lugares para aprender la forma de vida, según la palabra de Sycarus, regresó con muy pocos. Esto sobre Sycarus.

36. En la misma ciudad de York, se acercó a él un hombre noble según el mundo, llamado Wallenus, entonces Prior en Kirkeham [o Kyrkestede] de los hermanos regulares; ahora monje y padre de monjes en el monasterio de Mailros de nuestra orden, quien devotamente se encomendó a las oraciones de Malachías con gran humildad. Al notar que el Obispo tenía muchos compañeros y pocos caballos (pues además de los ministros y otros clérigos, había cinco presbíteros con él, y solo tres caballos), le ofreció el suyo, en el que él mismo viajaba, lamentando solo que fuera un rocín que cargaba duramente. Y añadió: "Con más gusto lo habría dado si hubiera sido mejor; pero, si os dignáis, llevadlo con vosotros tal como es." — "Y yo," dijo el Obispo, "lo acepto con más gusto cuanto más vil lo describes: porque no puede ser vil para mí lo que una voluntad tan preciosa ha ofrecido." Y volviéndose a los suyos: "Este," dijo, "ensilladme, porque será bastante cómodo y suficiente para el largo camino." Hecho esto, montó: y al principio lo sintió duro, como era, pero luego, por un cambio maravilloso, lo encontró muy cómodo y caminando suavemente. Y para que no cayera en tierra la palabra que había dicho, hasta el noveno año, cuando él mismo murió, no le falló, convertido en el mejor y más precioso palafrén. Y para que el milagro fuera más evidente a los que lo veían, comenzó a blanquear de ser negro, y poco después apenas se encontraba más blanco que él.

CAPÍTULO XVI. En su camino a Roma y de regreso, visita Claraval.

37. A mí también en este viaje se me concedió ver al hombre, y en su visión y palabra fui refrescado y deleitado, como en todas las riquezas. Y yo, a mi vez, aunque pecador, encontré gracia a sus ojos desde entonces, y de ahí en adelante hasta su muerte, como he dicho en el prólogo. Él también se dignó desviarse hacia Claraval, y al ver a los hermanos, se conmovió; y ellos no poco edificados en su presencia y palabra. Y aceptando el lugar y a nosotros, y acogiendo con entrañas íntimas, nos dijo adiós y se fue. Al cruzar los Alpes, cuando llegó a la ciudad de Ivrea en Italia, sanó de inmediato al pequeño hijo de su anfitrión, que estaba enfermo y a punto de morir.

38. En ese tiempo, en la Sede Apostólica estaba el Papa Inocencio II de feliz memoria, quien lo recibió amablemente, compadeciéndose bastante de él por su largo peregrinaje. Y primero,

Malachías, lo que había grabado más profundamente en su mente, con muchas lágrimas imploraba que se le permitiera vivir y morir en Claraval, con el permiso y bendición del Sumo Pontífice. Y pidió esto, no olvidando para qué había venido, sino por el deseo con el que había venido a Claraval. Sin embargo, no lo obtuvo, ya que el hombre apostólico lo consideró más ocupado en ganancias más abundantes. Sin embargo, no fue completamente frustrado del deseo de su corazón, al que se le concedió morir allí, aunque no vivir. Pasó un mes entero en la Ciudad, recorriendo los lugares santos y frecuentándolos para orar. Y durante ese tiempo, el Sumo Pontífice, con frecuencia y diligencia, le preguntó a él y a los que estaban con él sobre el estado de su patria, las costumbres de la gente, el estado de las Iglesias, y cuántas cosas había obrado Dios en la tierra a través de él: y al prepararse ya para regresar, le confió sus funciones, constituyéndolo legado por toda Irlanda. Pues le había sido informado por el obispo Gilleberto, quien, como hemos mencionado antes, había sido legado, que ya no podía, debido a la vejez y debilidad del cuerpo, administrar. Después de esto, Malachías pidió que se confirmara la constitución de la nueva metrópoli y que se le dieran los palios de ambas sedes. Y recibió de inmediato el privilegio de la confirmación: "Pero sobre los palios," dijo el Sumo Pontífice, "es necesario actuar más solemnemente. Convocando a los obispos, clérigos y mayores de la tierra, celebrarás un concilio general: y así, con el consentimiento y voto común de todos, solicitaréis el palio a través de personas honestas, y se os dará." Luego, quitándose la mitra de su cabeza, la puso sobre la suya: y también le dio la estola con el manípulo, que solía usar durante la ofrenda. Y después de saludarlo con el beso de la paz, lo despidió, fortalecido con la bendición y autoridad apostólica.

39. Al regresar por Claraval, nos concedió por segunda vez su bendición. Y lanzando profundos suspiros, porque no se le permitía quedarse según su deseo: "Estos," dijo, "os ruego que los retengáis por mí, para que aprendan de vosotros lo que luego nos enseñen a nosotros." Y añadió: "Serán para nosotros una semilla, y en esta semilla serán bendecidas las naciones, y aquellas naciones que desde tiempos antiguos han oído el nombre de monje, pero no han visto un monje." Y dejando a cuatro de su lado, se fue: quienes, probados y encontrados dignos, se hicieron monjes. Después de algún tiempo, cuando el Santo ya estaba en su tierra, envió a otros, y con ellos se hizo de manera similar. A estos, después de ser instruidos y educados en sabiduría durante algún tiempo, les dimos al santo hermano Christianus, que era uno de ellos, como padre, y los enviamos, añadiendo de los nuestros los suficientes para el número de una abadía. La cual concibió y dio a luz cinco hijas: y así, multiplicada la semilla, crece día a día el número de monjes, según el deseo y la profecía de Malachías. Ahora retomemos el orden de la narración.

CAPÍTULO XVII. Diversos beneficios de sanidad otorgados por él.

40. Malachías, partiendo de nosotros, llegó con éxito a Escocia. Y encontró al rey David, que aún hoy vive, en uno de sus castillos: cuyo hijo estaba enfermo de muerte. Al entrar a él, recibido honorablemente por el rey y humildemente suplicado para que sanara a su hijo; roció al joven con agua que había bendecido, y mirándolo, dijo: "Confía, hijo, no morirás esta vez." Dijo esto, y al día siguiente, según la palabra del profeta, siguió la salud, la salud la alegría del padre, el clamor y el ruido de toda la familia exultante. La noticia se extendió a todos, pues lo que había sucedido en la casa real y al hijo del Rey no podía ocultarse. Y he aquí que en todas partes resonaba la acción de gracias, y la voz de alabanza, tanto por la salud del señor, como por la novedad del milagro. Este es Enrique: pues aún vive, único hijo de su padre, un caballero fuerte y prudente, siguiendo la justicia y el amor del hombre. Y ambos amaron a Malachías, mientras vivió, como quien lo había rescatado de la muerte. Le rogaban que permaneciera por algunos días: pero él, declinando la gloria, no soportó la demora, y al amanecer emprendió el camino. Así que, al pasar por la villa llamada Crugeldum, se encontró

con una niña muda. Al orar él, se desató el lazo de su lengua, y hablaba correctamente. Luego, al entrar en la villa, que llaman la iglesia de San Miguel, curó ante todo el pueblo a una mujer frenética y atada con cuerdas, y dejándola sana, partió. Al llegar al puerto de Laperasperi, esperó allí por algunos días el paso: pero la espera no pasó ociosa. Mientras tanto, se construyó un oratorio de varas tejidas en seto, por su mandato, él mismo trabajando también. Una vez terminado, lo rodeó con un vallado, y bendijo el espacio intermedio como cementerio. Ciertamente, los méritos del que bendice declaran suficientemente los milagros que hasta hoy se dice que allí se realizan.

41. De ahí es que de los lugares vecinos acostumbran a llevarle enfermos y personas con mal estado, y muchos son sanados. Una mujer con todos sus miembros debilitados, llevada en un carro hasta allí, regresó a su casa por sus propios pies, habiendo esperado no en vano una sola noche en el lugar santo la misericordia del Señor. Otra mujer pasaba la noche allí en oración: cuando un hombre bárbaro, encontrándola sola, encendido de lujuria y fuera de sí, se lanzó rabioso sobre ella. Ella, volviéndose y temblando, alzando la vista, vio al hombre lleno de espíritu diabólico: "¡Eh tú," dijo, "miserable, ¿qué haces? Considera dónde estás, respeta estas cosas santas, respeta a Dios, respeta a su siervo Malachías, y ten piedad de ti mismo." Él no desistió, agitado por furias iniquas. Y he aquí (lo cual es horrible de decir) un animal venenoso e hinchado, que llaman sapo, fue visto saliendo reptando de entre las piernas de la mujer. ¿Qué más? El hombre, aterrorizado, retrocedió, y dando saltos, rápidamente salió del oratorio. Él se fue confundido, y ella permaneció intacta, ciertamente por un gran milagro de Dios y mérito de Malachías. Y bellamente, a la obra fea y abominable intervino un monstruo feo y abominable. No de otro modo debía extinguirse la lujuria bestial, que por un gusano frigidísimo: ni de otro modo debía frenarse el atrevimiento temerario, frustrarse el intento, que por un animalillo vil e inútil. Y estas pocas cosas de muchas en ese lugar sean suficientes: ahora prosigamos con lo restante.

CAPÍTULO XVIII. Regresado a su patria, se dedica por completo al cuidado pastoral y la reforma.

42. Malachías subió al barco, y navegando prósperamente, llegó a su monasterio de Benchor, para que los primeros hijos recibieran la primera gracia. ¿Qué crees que sintieron ellos, al recibir sano de un viaje tan largo a su padre, y a ese padre? No es de extrañar que se desbordaran de alegría en su regreso, cuando incluso a las naciones extranjeras circundantes la rápida noticia les trajo una increíble alegría. De hecho, de las ciudades, castillos y aldeas acudieron a él; y dondequiera que se dirigiera, era recibido con el regocijo de toda la tierra. Sin embargo, no saborea el honor. Se ejerce la obra de la legación: en muchos lugares se celebran muchos encuentros, para que ninguna región, ni parte de la región, se vea privada del fruto y utilidad de la legación. Se siembra sobre todas las aguas: no hay quien se esconda de la obra de su solicitud. No se considera sexo, ni edad, ni condición, ni profesión. En todas partes se esparce la semilla de la salvación, en todas partes resuena la trompeta celestial. En todas partes corre, en todas partes irrumpe, con la espada desenvainada de la lengua para hacer venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos. Su terror sobre los que hacen el mal. Clama a los inicuos, "No obréis inicuamente"; y a los delincuentes, "No levantéis el cuerno" (Salmo LXXIV, 5). La religión se planta en todas partes, se propaga, se fomenta. Sus ojos sobre ellos, y su cuidado por sus necesidades. En los concilios, que se celebran por todas partes, se repiten las antiguas tradiciones, que se ha comprobado que eran buenas, pero que habían sido abolidas por la negligencia de los sacerdotes. No solo se restauran las cosas antiguas, sino que se forjan nuevas; y todo lo que promulga, se acepta como enviado del cielo, se mantiene, se pone por escrito para la memoria de las generaciones futuras. ¿Por qué no habrían de creerse enviados del cielo, lo que tantos milagros celestiales confirman? Y para

dar fe a las palabras, mencionaré algunas brevemente. ¿Quién podría enumerarlas todas? Aunque, confieso, preferiría detenerme en las cosas dignas de imitar que en las admirables.

CAPÍTULO XIX. Insignias de sus virtudes y costumbres dignas de un verdadero prelado.

43. Y en mi opinión, el primer y mayor milagro que realizó fue él mismo. Pues, para no hablar del hombre interior, cuya belleza, fortaleza y pureza eran suficientemente indicadas por sus costumbres y vida, el exterior lo llevó siempre de una manera única, la más modesta y decente, de modo que no aparecía en él nada que pudiera ofender a los que lo miraban. Y ciertamente, quien no ofende en palabra, ese es un hombre perfecto (Sant. III, 2). Pero en Malachías, ¿quién alguna vez, aunque lo haya observado con más curiosidad, ha descubierto un gesto ocioso, no digo una palabra, sino un movimiento? ¿Quién ha visto mover su mano o pie en vano? Más bien, ¿qué no edificante había en su andar, aspecto, porte, rostro? Finalmente, su rostro no fue oscurecido por la tristeza ni aligerado por la risa. Todo en él era disciplinado, todo un signo de virtud, una forma de perfección. En todo serio, pero no austero. A veces relajado, nunca disoluto. Nada negligente, aunque a menudo disimulando muchas cosas por el momento. A menudo tranquilo, pero nunca ocioso. Desde el primer día de su conversión hasta el final de su vida, vivió sin posesiones propias. No tenía sirvientes, ni criadas, ni villas, ni aldeas, ni ingresos eclesiásticos o seculares, ni siquiera en su propio episcopado. No había nada asignado o constituido para la mesa episcopal de donde el Obispo pudiera vivir. Ni siquiera tenía una casa propia. Sin embargo, casi incesantemente recorría todas las parroquias, sirviendo al Evangelio y viviendo del Evangelio como el Señor le había dispuesto: "El obrero es digno de su salario" (Luc. X, 7). Excepto que, con frecuencia, poniendo el Evangelio sin costo, llevaba de sus trabajos y de los de los suyos, de donde sustentaba a sí mismo y a los que trabajaban con él en la obra del ministerio. Además, si alguna vez debía descansar, lo hacía en lugares santos que él mismo había esparcido por toda Irlanda: y dondequiera que le placiera quedarse, se conformaba a las costumbres y observancias de ellos, contento con la vida y mesa comunes. No había en su alimentación, ni en su vestimenta, nada en lo que Malachías pudiera distinguirse entre los demás hermanos: tanto, que, siendo mayor, se humilló en todo.

44. Finalmente, cuando salía a predicar, iba a pie con los que iban a pie, siendo obispo y legado. Esta es la forma apostólica: y por eso es más admirable en Malachías, ya que es muy rara en otros. Verdaderamente, este es un heredero de los apóstoles, quien actúa de esta manera. Pero es de notar cómo comparte la herencia con sus hermanos, igualmente herederos de los Apóstoles. Ellos dominan sobre el clero: él, siendo libre de todos, se hizo siervo de todos. Ellos, o no evangelizan y comen, o evangelizan para comer: Malachías, imitando a Pablo, come para evangelizar. Ellos consideran la piedad como un medio de ganancia y orgullo: Malachías reclama para sí la obra y la carga como herencia. Ellos se creen felices si expanden sus territorios: Malachías se gloria en expandir la caridad. Ellos acumulan en graneros y llenan barriles para cargar las mesas: Malachías recoge en desiertos y soledades para llenar los cielos. Ellos, aunque reciben diezmos, primicias, ofrendas, y además de la generosidad de César, peajes, tributos y otros ingresos infinitos, están sin embargo preocupados por qué comerán y qué beberán: Malachías, no teniendo nada de esto, enriquece a muchos con el tesoro de la fe. Ellos no tienen fin en su codicia ni en su preocupación; Malachías, no deseando nada, no sabe pensar en el mañana. Ellos exigen de los pobres lo que dan a los ricos: él solicita a los ricos para sustentar a los pobres. Ellos vacían las bolsas de los súbditos: él llena los altares con votos y sacrificios pacíficos por sus pecados. Ellos levantan altos palacios, torres y murallas hasta los cielos; Malachías, no teniendo dónde reclinar su cabeza, hace la obra de un evangelista. Ellos montan caballos con una multitud de hombres

que comen pan gratis, y no el suyo; Malachías, rodeado de la comunidad de santos hermanos, recorre a pie, llevando el pan de los Ángeles, con el que sacia las almas hambrientas. Ellos ni siquiera reconocen a las multitudes: él las instruye. Ellos honran a los poderosos y tiranos: él los castiga. ¡Oh hombre apostólico, a quien tantos y tales signos ennoblecen de su apostolado! ¿Qué, entonces, es de extrañar si realizó maravillas, siendo él mismo tan admirable? Más bien, no él, sino Dios en él. De lo contrario, "Tú eres Dios," dice, "quien hace maravillas" (Sal. LXXVI, 15).

CAPÍTULO XX. Libera a los poseídos por demonios.

45. Había una mujer en la ciudad de Culratim [o cultatim], poseída por un demonio. Malachías fue llamado; ora por la afligida, presiona al invasor; sale. Pero aún no saciado de su maldad, invade a una pobre mujer que estaba cerca. Y Malachías dice: "No te la quité para que invadieras a esta: sal también de ella." Obedece, pero regresa a la primera. Expulsado de nuevo, vuelve a la otra. Así, durante un tiempo, las atormentaba alternativamente, huyendo de un lado a otro. Entonces el santo, indignado de ser burlado por el demonio, recogiendo su espíritu, se enfureció, y con todas las fuerzas de su fe, arremetió contra el adversario, expulsándolo de ambas, y ciertamente no menos atormentado que aquellas a quienes él mismo había atormentado. Sin embargo, no creas, lector, que la demora fue por su virtud, sino por la disposición divina: para que así se hiciera más manifiesta tanto la presencia del maligno como la victoria de Malachías. Finalmente, escucha lo que hizo en otro lugar, no por su presencia. Y ciertamente pudo hacer presente lo que logró ausente.

46. En la región del norte de Irlanda yacía un enfermo en su casa, sin duda por la malicia de los demonios. Pues una noche los oyó hablando, uno diciendo al otro: "Mira que este miserable no toque el lecho o la paja de ese hipócrita, y así escape de nuestras manos." El hombre comprendió que hablaban de Malachías, a quien recordaba haber pasado la noche en esa misma casa no mucho antes. Y aún estaba la paja en el lugar: y tomando confianza, y con el esfuerzo que pudo, comenzó a arrastrarse, débil de cuerpo, pero fuerte en fe. Y he aquí que en el aire se oyó un clamor y vociferación: "Deténlo, deténlo; reténlo, reténlo: perdemos la presa." Pero aquel a quien la fe y el deseo de escapar llevaban, cuanto más clamaban ellos, más se esforzaba con rodillas y manos, apresurándose hacia el remedio. Y al llegar, subió al lecho, se revolcó en la paja, y oyó el lamento de los que se lamentaban: "¡Ay, ay! Nos hemos traicionado a nosotros mismos, hemos sido engañados, ha escapado." Y en un instante, el terror y horror de los demonios que sufría se apartó de él, y toda su enfermedad desapareció. En la ciudad de Lesmor, un hombre poseído por un demonio fue liberado por Malachías. También, al pasar alguna vez por Laginia, un niño poseído por un demonio le fue presentado, y fue devuelto sano. En la misma región, ordenó que una mujer frenética, atada con cuerdas, fuera desatada y lavada en agua que él bendijo. Fue lavada y sanada. También curó a otra en la región de Saballo en Ulydia, que se mordía sus propios miembros, orando y tocándola. Un hombre demente, que predecía muchas cosas futuras, fue llevado por amigos y parientes al hombre de Dios, fuertemente atado con cuerdas, porque su rabia lo había hecho fuerte para hacer daño y muy temible. Malachías ora; y al instante el enfermo es sanado y desatado. Esto ocurrió en un lugar cuyo nombre omitimos, pues suena demasiado bárbaro, como muchos otros. En otro momento, en la mencionada ciudad de Lesmor, los padres de una niña muda la presentan en medio de la plaza al pasar, rogándole con mucha súplica que se dignara ayudarla. Malachías se detiene, y después de orar, tocando su lengua con el dedo, escupe en su boca y la deja hablando.

CAPÍTULO XXI. Beneficios otorgados a moribundos y parturientas.

47. Al salir de una iglesia, se encontró con un hombre con su esposa, que no podía hablar. Rogado para que tuviera misericordia de ella, se detiene en la puerta, rodeado por el pueblo; y dando una bendición sobre ella, le ordena decir la oración del Señor. Ella la dijo, y el pueblo bendijo al Señor. En la ciudad llamada Oenthreb [o Onereb], un hombre rico, postrado en su lecho, privado del uso de la lengua durante doce días, a la orden del santo que lo visitaba, recupera el habla, recibe la eucaristía: y así fortalecido, exhaló su último aliento en buena confesión. ¡Oh olivo fructífero en la casa de Dios! ¡Oh aceite de alegría, ungüento y luz! Y con el esplendor del milagro iluminó a los sanos, y con la dulzura del beneficio ungió al enfermo, a quien, a punto de morir, le obtuvo la facultad de confesar y comulgar. Un noble entró a verlo, teniendo algo que decirle. Y mientras hablaba, lleno de fe, robó piadosamente tres juncos del lecho en el que él estaba sentado, llevándolos consigo: y Dios obró mucho con el robo de piedad, por la fe de aquel y la santidad del Prelado. Por casualidad llegó a la ciudad llamada Duevania. Y mientras estaba sentado a la mesa, un noble de esa ciudad entra humildemente suplicando por su esposa embarazada, que ya había pasado todo el tiempo habitual de parto, de modo que todos se maravillaban; y nadie creía que otra cosa que no fuera peligro de vida se avecinaba. Ruega también Nehemías, obispo de esa ciudad, que estaba sentado junto a él: y ruegan los demás, todos los que estaban presentes comiendo juntos. Entonces él dice: "Me compadezco de ella," dice, "porque es una buena mujer, y casta. Y extendiendo al hombre un vaso que había bendecido: "Ve," dice, "dáselo a beber, sabiendo que al tomar el vaso de bendición, dará a luz sin demora y sin peligro." Se hizo lo que ordenó, y esa misma noche ocurrió lo que prometió. Estaba sentado en el campo con el Conde de Ulydia tratando algunos asuntos, y una multitud copiosa alrededor de ellos. Viene una mujer embarazada, y verdaderamente pesada. Indica que, contra todas las leyes de la naturaleza, ha retenido el parto ya quince meses y veinte días. Compadecido Malachías por el nuevo e inaudito inconveniente, ora, y la mujer da a luz. Los presentes se alegraron y se maravillaron. Pues todos vieron con qué facilidad y rapidez dio a luz en el mismo lugar, y el triste peligro del parto negado se convirtió en un milagro más alegre.

CAPÍTULO XXII. Anuncia la ruina a un concubinario obstinado.

48. Allí ocurrió algo de igual milagro, pero de suerte diferente. Vio a un hombre que públicamente se decía que tenía a la concubina de su hermano; y este era un soldado, servidor del Conde. Y confrontando públicamente al incestuoso, le mostró otro Juan: "No te es lícito," dice, "tener la concubina de tu hermano." Pero él, devolviéndole otro Herodes, no solo no lo escuchó, sino que también respondió con soberbia, y juró públicamente que nunca la dejaría (Marcos VI, 17-28). Entonces, Malachías, movido, como era, por un gran celo por la justicia, dijo: "Y que Dios te separe de ella, aunque sea contra tu voluntad." Él, despreciándolo, se fue indignado de inmediato. Y encontrando a la mujer no lejos de la multitud en el lugar, la violó, como estaba completamente entregado a Satanás, a quien poco antes había sido entregado. El crimen no pasó desapercibido. La sirvienta que acompañaba a su señora, regresando a casa (pues no estaba lejos del lugar), informó jadeante lo que había sucedido. A esa voz, los hermanos de ella, que estaban en casa, celosos por el deshonor de su hermana, corrieron allí con toda prisa, y sorprendiendo al enemigo de la castidad en el mismo lugar y acto del crimen, lo mataron con muchas heridas. La asamblea aún no se había disuelto cuando el escudero de él informó lo que había sucedido. Y todos se maravillaron de que la sentencia de Malachías hubiera tenido un efecto tan rápido. Los pecadores temieron al oír esta palabra (pues eran muchos en la tierra), y aterrados se purificaron, lavando sus manos en la sangre del pecador.

CAPÍTULO XXIII. Diversos beneficios de sanidad otorgados a varios.

49. A Diarmitio, el conde, que ya llevaba mucho tiempo postrado en cama, lo reprendió duramente, porque era un hombre malo, sirviendo desmedidamente al vientre y a la gula, y rociado con agua bendita, lo hizo levantarse sin demora, tan sano que montó a caballo de inmediato, y ciertamente más allá de su propia esperanza y la de los suyos. En la ciudad de Cashel, un hombre vino ante él con su hijo paralítico, rogando que lo sanara: quien orando brevemente, dijo: "Ve, tu hijo será sanado." Va, y al día siguiente regresa con su hijo, pero no sanado. Entonces Malachías, levantándose y de pie sobre él, oró más tiempo, y él fue sanado. Y volviéndose al padre: "Ofrécelo," dice, "a Dios." El hombre asintió, pero no cumplió: y después de algunos años, el joven recayó en lo mismo, sin duda por la desobediencia del padre y la transgresión del pacto. Otro hombre, viniendo de lejos, cuando Malachías estaba en los confines de Munster, trajo a su hijo, completamente privado del uso de los pies. Al preguntarle cómo le había sucedido eso, dijo: "Sospecho que por la malicia de los demonios." Y añade: "Jugando en el prado, ellos, si no me equivoco, le indujeron un sueño, y al despertar el niño, se encontró así." Diciendo esto, con lágrimas, derrama su súplica, pidiendo ayuda. Compadecido de él, Malachías oró, ordenando al enfermo dormir allí mismo sobre el suelo. Durmió; y se levantó sano. Este, porque había venido de lejos, lo retuvo algún tiempo en su compañía, y caminaba con él.

50. En el monasterio de Bangor, un pobre era sostenido por las limosnas de los hermanos. Y recibía su estipendio diario, haciendo algún oficio en el molino. Este, cojo desde hacía doce años, arrastrándose con las manos por el suelo, llevaba tras de sí sus pies muertos: un día, Malachías lo encontró triste y afligido frente a su celda, y le preguntó la causa. Y él dijo: "Ves," dice, "cómo desde hace mucho tiempo, pobre de mí, estoy afligido, y la mano del Señor está sobre mí: y he aquí, para colmo de miseria, los hombres, que deberían haber tenido misericordia, se burlan de mí, reprochándome mi miseria." Al oírlo, movido por la piedad, levantó los ojos al cielo, levantando también las manos. Después de una breve oración, él entró en la celda, y el otro se levantó. Y de pie sobre sus pies, se maravillaba si realmente era lo que casi sospechaba un sueño. Sin embargo, comenzó a moverse poco a poco: pues no creía que pudiera caminar bien. Finalmente, como despertando de un profundo sueño, reconoció la misericordia del Señor sobre él; camina firmemente, y regresa al molino, saltando y exultando, y alabando a Dios. Al verlo, los que antes lo habían visto y conocido, se llenaron de asombro y éxtasis, pensando que era una aparición. También sanó a un hombre hidrópico orando: quien inmediatamente permaneció en el monasterio, convertido en pastor de ovejas.

51. La ciudad de Irlanda, llamada Cork [o Coreava], estaba vacante de obispo. Se discutió sobre la elección: las partes estaban en desacuerdo, cada una queriendo, como suele suceder, establecer su propio prelado, no el de Dios. Malachías llegó allí, al oír la disensión. Convocando al clero y al pueblo, también se preocupó por unir los corazones y votos de los discordantes. Y persuadidos de que todo el asunto debía confiarse a él, a quien principalmente incumbía la preocupación de esa, como de otras Iglesias en Irlanda, inmediatamente les nombró, no a alguien de los nobles de la tierra, sino más bien a un hombre pobre, que sabía que era santo y docto: y este era un extranjero. Se busca a ese hombre: se informa que está postrado en cama, y tan débil que de ninguna manera puede salir, salvo llevado en manos de los sirvientes. Y Malachías dice: "Levántese," dice, "en el nombre del Señor, yo lo ordeno; la obediencia lo salvará." ¿Qué haría él? Quería obedecer, pero se sentía incapaz: pues aunque pudiera ir, temía el episcopado. Así, con la voluntad de obedecer, luchando contra un doble enemigo, el peso de la enfermedad y el miedo al honor [o carga], sin embargo, venció aquella, dada a él en ayuda la esperanza de salvación. Así que intenta, se mueve, prueba sus fuerzas, se encuentra más fuerte de lo habitual. La fe crece

junto con las fuerzas, y nuevamente, hecha más fuerte la fe, da a su vez incremento a las fuerzas. Ya puede levantarse por sí mismo, ya caminar mejor, ya no sentir cansancio al caminar; finalmente, expedito y alegre, llega a Malachías sin ayuda humana. Quien, tomándolo, lo envió a la cátedra, con el clero y el pueblo alabando. Esto se hizo en paz, porque ni ellos se atrevieron a oponerse en algo a la voluntad de Malachías, viendo el signo que había hecho: ni él dudó en obedecer, hecho más seguro por tan evidente argumento de la voluntad del Señor.

52. Una mujer sufría flujo de sangre: y esta era noble, muy querida por Malachías, más por la nobleza de sus costumbres que por su linaje. Que, completamente debilitada, ciertamente con las fuerzas agotadas por la sangre, ya puesta en las últimas, envió al hombre de Dios, para que ayudara a su alma en lo que quedaba, pues ya no lo vería en el cuerpo. Al oírlo, Malachías se afligió, porque la mujer era virtuosa, y su vida fructífera en obra y ejemplo. Y viendo que no podía acudir a tiempo, llamó a Malco, porque era joven y ágil (es el mismo de quien antes dije que era el menor, hermano del abad Cristiano): "Apresúrate," dice, "lleva estos tres frutos sobre los cuales he invocado el nombre del Señor. Confío en Él que cuando pruebe de ellos, no probará la muerte antes de vernos, aunque tardemos un poco en seguir." Malco se apresura según el mandato, y al llegar entra donde la moribunda, presentándose como otro siervo de Eliseo (2 Reyes IV, 29), salvo que su obra fue más eficaz. Le ordena recibir la bendición enviada por Malachías, y probar, si de alguna manera puede. Y ella, animada al oír el nombre de Malachías, para poder obedecer, indica con un gesto que quiere ser levantada un poco; pues no podía hablar. Se levanta, prueba: al probar, se fortalece, habla y da gracias. Y el Señor le envió un sueño, y descansó suavemente en él, del cual había carecido por mucho tiempo, como también del alimento. Mientras tanto, la sangre se detuvo, y después de un poco, al despertar, se encontró sana, salvo que por el largo ayuno y la pérdida de sangre aún estaba débil. Si no, al día siguiente, el deseado advenimiento y vista de Malachías lo completó.

CAPÍTULO XXIV. Resucita a una mujer fallecida sin el sacramento de la Extremaunción.

53. Había un hombre noble en la vecindad del monasterio de Benchor, cuya esposa enfermó de muerte. Malachías fue solicitado para que descendiera antes de que muriera, para ungir a la enferma con óleo. Descendió y entró donde ella estaba; al verlo, ella se alegró, animada por la esperanza de salvación. Y cuando se disponía a ungirla, a todos les pareció mejor diferirlo hasta la mañana siguiente, pues ya era tarde. Malachías accedió, y tras dar la bendición sobre la enferma, salió con los que estaban con él. Pero poco después, de repente, se oyó un clamor, llanto y gran alboroto por toda la casa; se anunció que había muerto. Malachías acudió al oír el tumulto, y lo siguieron sus discípulos. Al acercarse al lecho y comprobar que había expirado, se consternó, culpándose a sí mismo por haber fallecido sin recibir la gracia del Sacramento. Y levantando las manos al cielo, dijo: «Te suplico, Señor, he actuado insensatamente. Yo, yo he pecado, al haberlo diferido; no ella, que lo deseaba». Diciendo esto, testificó ante todos que no recibiría consuelo ni daría descanso a su espíritu, a menos que se le permitiera restituir la gracia que había sido retirada. Y permaneciendo sobre ella, trabajó toda la noche en su gemido: y en lugar del óleo santo, la cubrió con un abundante rocío de lágrimas, ofreciéndole la unción que podía. Él así lo hizo; a los suyos, sin embargo, les dijo: «Vigilad y orad». Así, ellos en los salmos, él en lágrimas, pasaron la noche en vela. Y al amanecer, el Señor escuchó a su santo, porque el espíritu del Señor intercedía por él, quien intercede por los santos con gemidos inenarrables. ¿Qué más? Abre los ojos la que había estado muerta; y, como suelen hacer los que despiertan de un profundo sueño, frotándose la frente y las sienes con las manos, se incorpora sobre el lecho, y al reconocer a

Malachías, se inclina devotamente para saludarlo. Y convertido el luto en alegría, el asombro se apoderó de todos, tanto de los que vieron como de los que oyeron. Pero Malachías, dando gracias, bendijo al Señor. Y la ungió de todos modos, sabiendo que en este Sacramento se perdonan los pecados, y que la oración de fe salvará al enfermo (Santiago V, 14, 15). Después de esto, él se fue, y ella se recuperó; y viviendo sana por algún tiempo, para que la gloria del Señor se manifestara en ella, cumplida la penitencia que Malachías le había impuesto, en buena confesión volvió a dormir y partió hacia el Señor.

CAPÍTULO XXV. Otros diversos beneficios otorgados a diferentes personas.

54. Hubo también una mujer, a quien el espíritu de ira y furia dominaba tanto, que no solo los vecinos y parientes huían de su compañía, sino que incluso sus propios hijos apenas soportaban vivir con ella. Clamor, rencor y una fuerte tempestad, dondequiera que estuviera. Audaz, ardiente y precipitada, temida por su lengua y mano, insoportable para todos y odiada. Los hijos, dolidos tanto por ella como por ellos mismos, la llevaron ante Malachías, presentando una queja lastimera con llanto. Pero el hombre santo, compadecido del peligro de la madre y del inconveniente de los hijos, la llamó aparte: le preguntó con interés si alguna vez había confesado sus pecados. Respondió: «De ninguna manera». «Confiesa», le dijo. Ella obedeció. Y él, imponiéndole penitencia a la confesante, y orando sobre ella para que el Señor omnipotente le diera un espíritu de mansedumbre, en el nombre del Señor Jesús le ordenó que no se enojara más. Siguió tal mansedumbre, que quedó claro para todos que no era otra cosa que una admirable transformación de la diestra del Altísimo. Se dice que aún vive hoy, y que es de tal paciencia y dulzura, que quien solía exasperar a todos, ahora no puede ser exasperada por daños, injurias o aflicciones. Si se me permite, según el Apóstol, abundar en mi propio sentido (Rom. XIV, 5), que cada uno lo tome como quiera; yo considero este milagro superior al de la resucitada, porque allí revivió el hombre exterior, pero aquí el interior. Y ahora corramos a lo restante.

55. Un hombre honorable según el mundo, temeroso de Dios, vino a Malachías, quejándose de la esterilidad de su alma, suplicando que le obtuviera del Dios omnipotente la gracia de las lágrimas. Y Malachías, sonriendo porque encontraba grato en un hombre secular un deseo espiritual, juntando su mejilla con la de él como en un gesto de cariño, dijo: «Hágase contigo como has pedido». Desde entonces, sus ojos derramaron tantas y casi continuas corrientes de agua, que parecía que se le podía aplicar aquello de la Escritura: Fuente de jardines, pozo de aguas vivas (Cantar de los Cantares IV, 15). Hay una isla en el mar en Irlanda, desde antiguo fecunda en peces: y el mar allí es muy piscoso. Por los pecados, se cree, de sus habitantes, se les quitó la acostumbrada abundancia, y la isla, que tenía muchos hijos, se debilitó, y de tal manera se marchitó de su gran comodidad. Los vecinos, dolidos, y los pueblos lamentando la grave pérdida, se reveló a una mujer que por las oraciones de Malachías se podía traer remedio: y ella lo hizo saber a todos, revelándolo. Por disposición de Dios, Malachías estaba presente. Pues mientras recorría y llenaba de Evangelio la región, se desvió allí para impartirles la misma gracia. Pero los bárbaros, a quienes les preocupaban más los peces, con toda insistencia le suplicaron que se dignara mirar más bien sobre la esterilidad de su isla. Y aunque él respondió que no había venido para eso, deseando más la captura de hombres que de peces; viendo, sin embargo, su fe, con las rodillas dobladas en la orilla, oró al Señor para que, aunque indignos, no negara el beneficio que una vez les había concedido a quienes lo pedían con tanta fe. La oración ascendió, y también la multitud de peces, y quizás más abundante que en los días antiguos, y permaneciendo hasta el día de hoy para el pueblo de la tierra. ¿Qué maravilla si la oración del justo, que penetra los cielos, penetró los abismos, y del profundo mar evocó tantas multitudes de peces?

56. En cierta ocasión, llegaron tres obispos a la villa de Fochart, que dicen ser el lugar de nacimiento de la virgen Brígida: y el cuarto era Malachías. Al presbítero que los había recibido en su casa, le dijo: «¿Qué haré, que no tengo peces?» Al responderle que buscara a los pescadores, dijo: «Hace dos años que no se encuentran peces en el río: por lo cual los pescadores, completamente desanimados, incluso han renunciado a su arte». Y él: «Ordena», dijo, «que se echen las redes en el nombre del Señor». Se hizo, y se capturaron doce salmones. Lo hicieron una segunda vez, y se capturaron otros tantos, trayendo a la mesa un inesperado plato y milagro. Y para que quede claro que esto fue dado por los méritos de Malachías, en los dos años siguientes la misma esterilidad continuó.

CAPÍTULO XXVI. Defiende la verdad del cuerpo de Cristo en la Eucaristía.

57. Había un clérigo en Lesmor, de vida aparentemente probada, pero no así en la fe. Este, sabio a sus propios ojos, se atrevió a decir que en la Eucaristía solo había sacramento, y no la realidad del sacramento, es decir, solo la santificación, y no la verdad del cuerpo. Sobre esto, Malachías lo confrontó en privado y a menudo, pero en vano, fue llamado al medio, aunque aparte de los laicos, para que, si fuera posible, se corrigiera sin ser avergonzado. Así, en la asamblea de clérigos, se le dio al hombre la oportunidad de responder por su opinión. Y mientras con todas sus fuerzas intelectuales, en las que no era poco hábil, intentaba afirmar y defender su error, Malachías disputando en contra y convenciéndolo, fue superado por el juicio de todos, saliendo de la asamblea confuso, pero no corregido. Decía, sin embargo, que no había sido vencido por la razón, sino oprimido por la autoridad del Obispo. «Y tú», dijo, «oh Malachías, sin razón me has confundido hoy, hablando en contra de la verdad, y contra tu propia conciencia». Malachías, apenado por el hombre tan endurecido, pero más dolido por la injuria a la fe, temiendo el peligro, convoca a la iglesia: públicamente reprende al errante, públicamente le advierte que recapacite. Con los obispos y todo el clero persuadiéndolo de lo mismo, al no acceder, lo declaran anatema, proclamándolo hereje. Ni así despertando: «Todos», dijo, «favorecéis al hombre más que a la verdad; yo no acepto persona, para abandonar la verdad». Ante esta palabra, el santo, indignado, dijo: «Que el Señor te haga confesar la verdad, aunque sea por necesidad». A lo que él respondió: «Amén», y la asamblea se disolvió. Marcado con tal cauterio, planea huir, no soportando ser infame y deshonorado. Y de inmediato, tomando sus cosas, se iba, cuando de repente, atrapado por una enfermedad, detiene su paso, y debilitado, se arroja al suelo jadeante y exhausto. Por casualidad, un vagabundo loco que pasaba por allí, encontró al hombre, y le preguntó qué le pasaba. Respondió que una grave enfermedad lo retenía, y que no podía avanzar ni retroceder. Y él: «Esta enfermedad no es otra cosa», dijo, «que la misma muerte». Pero esto no lo dijo de sí mismo; sino que el Señor, bellamente, lo reprendió a través de un loco, quien no quiso escuchar los consejos de los sensatos. Y añadió: «Regresa a casa, yo te ayudaré». Finalmente, con él como guía, regresa a la ciudad; vuelve en sí, y a la misericordia del Señor. En esa misma hora, se llama al Obispo, se reconoce la verdad, se rechaza el error. Confesado el delito, es absuelto, pide el Viático, se le da la reconciliación: y casi en un solo momento, la perfidia es repudiada con la boca, y con la muerte se expía. Así, para asombro de todos, se cumplió rápidamente la palabra de Malachías, y de la Escritura que dice que la aflicción da entendimiento al oído (Isaías XXVIII, 19).

CAPÍTULO XXVII. Conciliación milagrosa de paz y concordia entre disidentes.

58. Entre los pueblos de ciertas regiones surgió alguna vez una grave discordia. Malachías fue interpelado para componer la paz entre ellos: y aunque estaba ocupado en otras cosas, encargó este asunto a uno de los obispos. Este, excusándose y negándose, diciendo que no lo habían buscado a él, sino a Malachías; que sería despreciado, y no quería fatigarse en vano:

«Ve», dijo, «y el Señor estará contigo». Y él: «Accedo, pero si no me escuchan, sepas que apelaré a tu Paternidad». Malachías, sonriendo, dijo: «Sea». Entonces el obispo, convocadas las partes, dicta la forma de la paz: acceden, se reconcilian entre sí; dada la fe de ambos lados, se establece la paz: y así los despidió. Pero una parte, viendo a los enemigos hechos seguros, desprevenidos, ya que al hacerse la paz no sospechaban mal alguno, hablaban entre sí, y un hombre decía a su prójimo: «¿Qué quisimos hacer? La victoria está a mano, y la venganza de los enemigos». Y comenzaron a perseguirlos. Se hizo saber al obispo lo que sucedía; y corriendo, confrontó al líder de ellos sobre la iniquidad y el engaño, pero fue despreciado por él. Invocó el nombre de Malachías contra él, y no le dio importancia: y burlándose del obispo, dijo: «¿Crees que por ti debemos perder a nuestros malhechores, a quienes Dios ha entregado en nuestras manos?» Y el obispo recordó su palabra, la que había tenido con Malachías, llorando y lamentándose, volviendo su rostro hacia su monasterio: «¿Dónde estás», dijo, «hombre de Dios? ¿Dónde estás? ¿No es esto, padre mío, lo que te decía? ¡Ay, ay, vine para hacer el bien, y no el mal; y he aquí que por mí todos, aquellos en cuerpo, estos en alma, perecen!» Hablaba mucho en este sentido, lamentándose y llorando, y como si presente, solicitando y apelando a Malachías contra los malvados. Mientras tanto, los impíos, con quienes habían hecho la paz, no cesaban de perseguirlos para destruirlos: y he aquí un espíritu mentiroso en la boca de algunos hombres, que los engañara. Y se encontraron con ellos en el camino hombres que les anunciaron que se había hecho una irrupción en sus tierras por parte de los adversarios: que todo estaba siendo consumido por la espada, y sus bienes saqueados, sus esposas e hijos llevados y secuestrados. Al oír esto, regresaron apresuradamente. Los últimos seguían a los primeros, sin saber a dónde iban, ni qué había sucedido. Pues no todos habían oído a los hombres hablando. Y cuando llegaron, y no encontraron nada de lo que se había anunciado, quedaron confundidos, atrapados en su malicia. Y reconocieron que habían sido entregados al espíritu de error por el mensajero de Malachías a quien habían engañado, y el nombre de él que habían despreciado. Por su parte, el obispo, al oír que los traidores habían sido frustrados en la iniquidad que habían planeado, regresó con alegría a Malachías, relatando todo en orden, lo que le había sucedido.

59. Sabiendo Malachías que por tal ocasión la paz había sido turbada, aprovechando un tiempo oportuno, se preocupó por reformar la paz entre ellos nuevamente, y afirmar la reformada, dadas y recibidas las garantías de ambos lados con fe y juramento. Pero aquellos, a quienes antes se había roto la paz, recordando la injuria, descuidando el pacto y el precepto de Malachías, trataron de devolver el golpe. Y todos reunidos en uno, iban a sorprender desprevenidos a los otros, y devolverles el mal que habían pensado hacerles. Y habiendo vadeado fácilmente un gran río que estaba en medio, fueron detenidos por un arroyo que encontraron no lejos de allí. Pues ya no era un simple arroyo, sino que apareció como un gran río, negando el paso por todas partes a los que querían cruzar. Todos se maravillaban de que ahora fuera tan grande, sabiendo que antes había sido tan pequeño, y hablaban entre sí: «¿De dónde viene esta inundación? El aire está sereno, no hay lluvias, ni recordamos que las haya habido recientemente. Y si hubiera llovido mucho, ¿quién de nosotros recuerda alguna vez que, en cualquier inundación, haya crecido tanto, que cubriera la tierra, invadiera los sembrados y prados? Este es el dedo de Dios, y el Señor ha cerrado nuestros caminos por su santo Malachías, cuyo pacto hemos quebrantado, y cuyo mandato hemos transgredido». Así, también estos, con el asunto sin resolver, regresaron igualmente confundidos a sus hogares. La palabra se divulgó por toda la región: y bendecían a Dios, que atrapa a los sabios en su astucia, y quebrantando los cuernos de los pecadores, exaltó el cuerno de su ungido.

60. Un noble, enemistado con el Rey, fue reconciliado por la mano de Malachías. Pues aquel no confiaba lo suficiente en el Rey para hacer la paz con él, a menos que fuera mediando

Malachías, o alguien a quien el Rey reverenciara igualmente. Y no sin razón, como se vio después. Pues hecho seguro, y ya no precavido, fue capturado y arrojado a prisión, más capturado por el odio antiguo del propio Rey. Se reclamó al hombre de la mano del mediador: pues no esperaban otra cosa que la muerte del amigo. ¿Qué haría Malachías? No había nada que pudiera hacer, sino recurrir a su único y habitual refugio. Congregando un ejército muy fuerte, una gran multitud de sus discípulos, se dirigió al hombre, reclamó al prisionero; se le negó. Y Malachías: «Injustamente», dijo, «actúas contra el Señor, y contra mí, y contra ti mismo, quebrantando el pacto: si tú disimulas, pero no yo. El hombre confió en mi fe: si llega a morir, yo lo he traicionado, yo soy culpable de su sangre. ¿Qué te ha parecido hacerme traidor, y a ti mismo prevaricador? Sepas que, hasta que sea liberado, no probaré bocado, ni tampoco estos». Así habló, entró en la iglesia: al Dios omnipotente, con los ansiosos gemidos de los suyos y de los suyos, intercedió para que se dignara liberar al injustamente entregado de la mano del prevaricador e iniquo. Y ese día con la noche siguiente permanecieron en ayuno y oración. Se informó al Rey de lo que sucedía; y su corazón se endureció más, cuando debió haberse ablandado. Huyó el hombre carnal, temiendo que si permanecía cerca, no podría soportar la virtud de la oración. Como si no pudiera encontrar al escondido, o no pudiera llegar al lejano. ¿Pones tú límites, miserable, a las oraciones de los santos? ¿Es la oración una flecha lanzada, para que huyas de la cara del arco? ¿A dónde irás del Espíritu de Dios, que la lleva, y a dónde huirás de su rostro? Finalmente, persiguiendo al fugitivo, lo encuentra escondido: y serás ciego y no verás, para que veas mejor, y entiendas que es duro para ti dar coces contra el aguijón. Finalmente, siente ahora, porque las flechas del poderoso han llegado a ti: que aunque rebotaron del corazón, porque es de piedra, pero no de los ojos. Ojalá al menos a través de las ventanas de los ojos lleguen hasta el corazón, y la aflicción dé entendimiento a la ceguera. Se podía ver a Saulo nuevamente siendo llevado de la mano, y conducido a Ananías (Hechos IX), es decir, al lobo a la oveja, para que devolviera la presa. La devolvió, y recobró la vista, porque Malachías era tan oveja, que incluso se compadeció del lobo. Considera cuidadosamente, lector, con quiénes habitaba Malachías, qué príncipes, y qué pueblos. ¿Cómo no fue también él hermano de los dragones, y compañero de los avestruces? (Job XXX, 29.) Y por eso el Señor le dio poder para pisar serpientes y escorpiones, atar a sus reyes con cadenas, y a sus nobles con grilletes de hierro. Escucha, finalmente, lo que sigue.

CAPÍTULO XXVIII. Al emprender la construcción de un edificio sagrado, sufre la oposición de un adversario, pero pronto es corregido por la venganza divina.

61. Aquel a quien se le habían cedido las posesiones del monasterio de Benchor, ingrato por el beneficio, desde entonces y en adelante siempre se comportó de manera insolente contra él y los suyos, siendo hostil en todo, acechando por doquier y denigrando sus acciones. Pero no le salió impune. Tenía un único hijo, que imitaba a su padre, atreviéndose también él a actuar contra Malaquías, y ese mismo año murió. Murió de la siguiente manera. A Malaquías le pareció que debía construirse en Benchor un oratorio de piedra, similar a los que había visto contruidos en otras regiones. Y cuando comenzó a poner los cimientos, todos los lugareños se asombraron, ya que en esa tierra aún no se encontraban edificaciones de ese tipo. Pero aquel malvado, como era presuntuoso e insolente, no se asombró, sino que se indignó. De esa indignación concibió dolor y dio a luz iniquidad. Y convertido en murmurador entre la gente, a veces criticaba en secreto, a veces blasfemaba abiertamente; señalaba la ligereza, temía la novedad, exageraba los gastos. Con discursos venenosos de este tipo, incitaba e inducía a muchos a prohibir: «Síganme», decía, «y no permitamos que se haga contra nosotros lo que solo debe hacerse por nosotros». Así que, con varios a quienes pudo persuadir, descendió al lugar, se encontró con el hombre de Dios, siendo él el primero en hablar, quien era el

principio del mal: «Oh buen hombre, ¿qué te ha parecido introducir esta novedad en nuestras regiones? Somos escoceses, no franceses. ¿Qué ligereza es esta? ¿Qué necesidad había de una obra tan superflua, tan soberbia? ¿De dónde obtendrás tú, pobre e indigente, los recursos para completarla? ¿Quién verá la obra terminada? ¿Qué es esto de presunción, comenzar lo que no puedes, no digo completar, sino ni siquiera ver terminado? Aunque es más de un loco que de un presuntuoso [o, prudente], intentar lo que excede el límite, supera las fuerzas, sobrepasa las capacidades. Cesa, cesa, detente en esta locura: de lo contrario, no lo permitiremos, no lo soportaremos». Dijo esto, revelando lo que quería, sin considerar lo que podía. Pues aquellos de quienes presumía y había traído consigo, al ver al hombre, cambiaron de opinión y ya no iban con él.

62. Al que el Santo varón, usando toda su libertad, le dijo: «Miserable», dijo, «la obra que ves comenzada y envidias, sin duda se completará; muchos la verán terminada. Pero tú, porque no quieres, no la verás; y lo que no quieres, morirás: cuídate de no morir en tu pecado». Así fue: él murió, y la obra se completó; pero él no la vio, quien, como hemos dicho, murió ese mismo año. Mientras tanto, el padre, al oír pronto lo que el Santo varón había predicho sobre su hijo, sabiendo que su palabra era viva y eficaz, dijo: «Ha matado a mi hijo». Y, instigado por el diablo, se enfureció tanto contra él, que no temió acusar de falsedad y mentira al hombre, que era el más veraz, discípulo y amante de la verdad, ante el duque y los mayores de Ulydia: y le insultó, llamándole simio. Y Malaquías, enseñado a no devolver maldición por maldición, enmudeció y no abrió su boca, mientras el pecador se levantaba contra él. Pero el Señor no olvidó su palabra, que había dicho: Mía es la venganza, y yo pagaré (Deut. XXXII, 35). Ese mismo día, al regresar a casa, el hombre pagó la temeridad de su lengua desenfundada, siendo castigado por aquel mismo que lo había instigado. El demonio lo arrojó al fuego; pero pronto fue sacado por las manos de los asistentes; sin embargo, quedó quemado en parte de su cuerpo y con la mente perturbada. Y mientras enloquecía, Malaquías fue llamado, y lo encontró con la boca espumante y retorciéndose; aterrizando todo con horribles voces y movimientos, y agitado en todo su cuerpo, apenas podía ser contenido por varios: y orando por su enemigo, el hombre de toda perfección fue escuchado; pero en parte. Pues inmediatamente, mientras el santo oraba, él abrió los ojos y recobró el sentido. Pero le quedó un espíritu maligno del Señor, que lo abofeteaba, para que aprendiera a no blasfemar. Creemos que vive hasta ahora, y hasta estos tiempos paga el gran pecado que cometió contra el santo: sin embargo, dicen que en ciertos momentos es lunático. Por otra parte, las posesiones mencionadas, ya que por su debilidad e inutilidad no pudo retenerlas, regresaron en paz al lugar del que habían sido. Y Malaquías no rehusó, después de mucha perturbación, por el bien de la paz.

63. Pero ya volvamos al trabajo del edificio que Malaquías emprendió. Y ciertamente no tenía Malaquías, no digo de dónde completar, sino de dónde hacer algo. Pero su corazón tenía confianza en el Señor. El Señor, sin embargo, proveyó para que, aunque no esperara en los tesoros de dinero, no le faltara dinero. ¿Quién sino otro hizo que se depositara un tesoro en ese lugar, y que no se encontrara hasta el tiempo y la obra de Malaquías? El siervo de Dios encontró en el bolso de Dios lo que le faltaba al suyo. Con razón, ciertamente. Pues, ¿qué más justo que aquel que no tenía nada propio por Dios, entrara en sociedad con Dios, y el bolso fuera uno para ambos? Para el hombre fiel, todo el mundo es un tesoro de riquezas. ¿Y qué es él, sino una especie de bolso de Dios? Finalmente, dice: Mío es el orbe de la tierra, y su plenitud (Salmo XLVI, 12). De ahí que Malaquías no guardó los muchos denarios encontrados, sino que los expuso. Pues ordena que todo el don de Dios se gaste en la obra de Dios. No considera sus necesidades, ni las de los suyos; sino que arroja su pensamiento en el Señor, a quien ciertamente no duda en recurrir, siempre que la necesidad lo requiera. No hay

duda de que es obra de Dios, lo que Malaquías previó por revelación de Dios. Primero había consultado con los hermanos sobre esa obra: y muchos, debido a la pobreza, no estaban muy dispuestos a consentir. De ahí que, ansioso y dudoso de qué hacer, comenzó a indagar vehementemente durante la oración, cuál sería la voluntad de Dios. Y un día, regresando del camino, cuando ya se acercaba al lugar, miró desde lejos: y he aquí que apareció un gran oratorio de piedra, y muy hermoso. Y observando diligentemente el sitio, la forma y la composición, con confianza emprendió la obra, habiendo indicado primero la visión a los hermanos mayores, pero a pocos. Ciertamente, todo lo que notó atentamente sobre el lugar, el modo y la calidad, lo observó con tanta diligencia, que al completar la obra, lo hecho apareció muy similar a lo visto, como si también él hubiera oído con Moisés: Mira que hagas todo según el modelo que te fue mostrado en el monte (Éxodo XXV, 40). Del mismo modo, lo que está situado en Saballino, antes de que se hiciera, le fue mostrado, no solo el oratorio, sino todo el monasterio.

CAPÍTULO XXIX. Se manifiesta con espíritu de profecía y con toda gracia de milagros.

64. Al pasar por cierta ciudad, y al concurrir una gran multitud hacia él, por casualidad vio a un joven entre otros curioso por verlo. Había subido a una piedra, y de pie sobre las puntas de los pies, con el cuello extendido, con los ojos y el ánimo puestos en él, le mostraba a él un nuevo Zaqueo. Y no pasó desapercibido para Malaquías, revelado por el Espíritu Santo, que verdaderamente había venido en espíritu y poder de Zaqueo (Lucas XIX, 2-9). Sin embargo, disimuló entonces, y pasó en silencio. Pero en el hospedaje esa noche, narró a los hermanos cómo lo había visto, y qué había previsto de él. Al tercer día, he aquí que él vino con un hombre noble, su señor: quien, abriendo el voto y deseo del joven, rogaba que se dignara recibirlo, encomendado por él, y tenerlo de ahí en adelante entre los suyos. Y Malaquías, reconociéndolo, dijo: «No es necesario que quien ya Dios ha encomendado, lo encomiende el hombre». Y tomándolo de la mano, lo entregó a nuestro abad Congano, y él a los hermanos. El mismo joven, aún (si no me equivoco) viviendo como el primer Converso laico del monasterio de Sur, tiene testimonio de todos, de que vive santamente entre los hermanos según el orden Cisterciense. Y los discípulos reconocieron que también en esto Malaquías tenía espíritu de profecía; no solo eso, sino también en lo que vamos a añadir.

65. Cuando ofrecía los Sacramentos, y se le acercó el diácono, para hacer algo según su oficio, el sacerdote, al mirarlo, gimió, porque sintió que en él había algo oculto que no convenía. Al terminar el sacrificio, en secreto le preguntó sobre su conciencia, confesó, y no negó que había sido engañado en un sueño esa noche. A quien imponiéndole penitencia, le dijo: «No debiste haber ministrado hoy; sino retirarte con modestia de los sagrados, y deferir a tan grandes y divinos misterios, para que purificado por esta humildad, ministraras de ahí en adelante más dignamente». En otra ocasión, mientras él sacrificaba y oraba en la hora del sacrificio, con esa santidad y pureza de corazón que solía tener, al diácono que estaba presente le pareció que una paloma entraba por la ventana con gran claridad. Con ella el sacerdote se llenó por completo, con ella toda la basílica, antes oscura, resplandeció. La paloma, después de volar alrededor por un tiempo, finalmente se posó sobre la cruz ante la cara del sacerdote. El diácono se asombró; y temiendo tanto por la novedad de la luz como por la del ave, ya que esa es un ave rara en la tierra, cayó sobre su rostro, y apenas palpitando, se atrevió a levantarse, o cuando la necesidad de su oficio lo requería. Después de la Misa, llamado aparte por Malaquías, bajo peligro de vida se le ordena no revelar en absoluto el secreto de lo que había visto, mientras él viviera. En otra ocasión, cuando estaba en Armagh con un cierto co-obispo suyo, levantándose de noche, comenzó a recorrer las memorias de los santos, que son muchas en el cementerio de San Patricio, orando: y he aquí que uno de los altares de repente comenzó a arder. Ambos vieron esta gran visión, y ambos se maravillaron.

Pero Malaquías, entendiendo que era una señal del gran mérito de aquel, o de aquellos, cuyos cuerpos descansaban bajo ese altar, corriendo, y sumergiéndose en medio de las llamas, con los brazos extendidos abrazó el sagrado altar. Qué hizo allí, o qué sintió, nadie lo sabe: pero que salió de ese fuego más encendido que de costumbre con fuego celestial, creo que no hay ninguno de los hermanos que estaban con él entonces que lo ignore.

66. Estas cosas se han dicho, pocas de muchas, pero muchas para el tiempo. Pues no son tiempos de señales, según aquello: No hemos visto señales; ya no hay profeta (Salmo LXXIII, 9). De donde se hace evidente cuán grande fue mi Malaquías en méritos, quien fue tan abundante en señales, y en tanta rareza. Pues, ¿en qué género de milagros de los antiguos no brilló Malaquías? Si consideramos bien las pocas cosas que se han dicho, no le faltó profecía, ni revelación, ni venganza de los impíos, ni gracia de sanidades, ni cambio de mentes, ni finalmente resurrección de muertos. Bendito sea Dios en todo, que así lo amó y adornó: que también lo magnificó en presencia de los reyes, y le dio la corona de gloria. Tienes, lector diligente, en Malaquías algo que admirar, tienes también algo que imitar. Ahora ya, atento, considera qué puedes esperar de esto. Pues el fin de estas cosas es una muerte preciosa.

CAPÍTULO XXX. Predice el lugar y el día de su muerte, y por causa del palio emprende nuevamente un viaje al papa Eugenio.

67. Preguntado alguna vez, en qué lugar, si se le diera la opción, preferiría pasar su último día (pues los hermanos discutían entre sí sobre esto, qué lugar elegiría cada uno), duda y no responde. Insistiendo ellos: «Si parto de aquí», dice, «en ningún lugar más gustosamente que donde pueda resucitar junto con nuestro Apóstol». Se refería al santo Patricio. «Si es necesario peregrinar, y así lo permite Dios, he elegido Claraval». Preguntado también sobre el tiempo, respondió el día solemne de todos los difuntos. Si se considera un simple deseo, se cumplió; si profecía, no pasó ni una jota. Como hemos oído, así hemos visto tanto del lugar como del día. Digamos brevemente, en qué orden sucedió esto, o por qué ocasión. Llevaba con dificultad que Irlanda hasta entonces hubiera carecido de palio, como celoso de los sacramentos: de los cuales no quería que su gente fuera privada en absoluto. Y recordando que le había sido prometido por el papa Inocencio; de ahí que se entristeciera más, porque mientras él aún vivía, no se había enviado por él. Y habiendo encontrado la ocasión de que el papa Eugenio tenía el sumo gobierno, y se anunciaba que hasta ese momento se había acercado a Francia, se alegró de haber encontrado la oportunidad de solicitarlo. Presumía de él, ciertamente un hombre tal, y de tal asumido por profesión: más bien, porque había sido hijo especial de su Claraval, y no temía sufrir ninguna dificultad ante él. Así que se convocan obispos, se reúne un concilio; se tratan durante tres días los asuntos que se avecinaban - el cuarto día se abre el consejo sobre solicitar el palio. Les parece bien, pero si se solicita por otro. Sin embargo, como el camino parecía más corto, y por ello la peregrinación más tolerable, no hubo quien se atreviera a oponerse a su consejo y voluntad. Y Malaquías, disuelto el concilio, emprende el viaje. Lo acompañan hasta la costa los hermanos que se habían reunido, aunque no muchos, ya que él mismo lo prohibía. A quien uno de ellos, llamado Católico, con voz y rostro llorosos, dijo: «Ay, te vas», dice, «y me dejas en cuánta casi diaria aflicción, no lo ignoras, ni llevas ayuda compadecido de mí. Si yo soy digno de sufrir, ¿qué han pecado los hermanos, que apenas tienen día o noche alguna libre de tan laboriosa preocupación y custodia de mí?» Estas palabras y lágrimas del hijo (pues lloraba) conmovieron las entrañas paternas, y lo abrazó con ternura, y al imprimir en su pecho la señal de la cruz, dijo: «Ten por seguro que no sufrirás nada de este tipo, hasta que regrese». Era, sin embargo, epiléptico, y caía frecuentemente, de modo que a veces sufría no una, sino varias veces al día. Ya llevaba seis años sufriendo de esta horrible enfermedad: pero a la palabra de

Malaquías sanó perfectamente. Desde esa hora no sufrió nada de este tipo; nada de este tipo, como confiamos, sufrirá en adelante, porque Malaquías no regresará en adelante.

68. En el mismo momento de subir al barco, se acercan dos de los que le seguían más familiarmente, atreviéndose y pidiendo algo de él. A quienes él dice: «¿Qué quieren? No lo diremos», dicen, «a menos que prometas que lo darás». Promete. Y ellos: «Queremos que nos prometas con certeza, por tu dignación, que regresarás a Irlanda sano y salvo». Insisten también todos los demás. Entonces él, deliberando un poco, se arrepiente primero de haberse comprometido, sin encontrar cómo salir. Angustias por todas partes, mientras nada le ocurría seguro de uno u otro peligro, del voto, es decir, o de la promesa. Finalmente, le pareció que debía elegir lo que más urgía en el presente, dejando el resto a la disposición divina. Asintió triste, ciertamente; pero no quiso entristecerlos más: y prometiéndoles como querían, subió al barco. Y cuando ya habían recorrido casi la mitad del camino por el mar, de repente un viento contrario empuja el barco de regreso, y lo devuelve a la tierra de Irlanda. Al descender del barco, pasó la noche en una de sus iglesias en el mismo puerto. Y alegre, dio gracias al consejo de la providencia divina, por lo cual había hecho ya suficiente por su promesa. A la mañana siguiente, al subir al barco, ese mismo día cruzó con un curso favorable, y llegó a Escocia. Al tercer día llegó al lugar que se llama Lago Verde: que había hecho preparar, para establecer allí una abadía. Y dejando allí de sus hijos, nuestros hermanos, una comunidad de monjes y un abad (pues los había traído consigo para este mismo propósito), despidiéndose de ellos, partió.

69. Y al pasar, le salió al encuentro el rey David, quien lo recibió con alegría, y lo retuvo por algunos días: y habiendo hecho muchas cosas agradables a Dios, reanudó el viaje comenzado. Y al atravesar Escocia, en la misma entrada de Inglaterra se desvió hacia la iglesia de Gisburn, donde habitan hombres religiosos, llevando una vida canónica, desde antiguo familiares suyos por su religión y honestidad. Allí le fue llevada una mujer que sufría de una enfermedad que vulgarmente llaman cáncer, horrible a la vista; y la sanó. Pues donde se roció el agua que él bendijo, no sintió dolor en los lugares de las úlceras. Al día siguiente, apenas se veían las úlceras. Al partir de allí, llegó al mar; pero se le negó el paso. La causa, si no me equivoco, fue una cierta discordia surgida entre el sumo pontífice y el rey de Inglaterra, porque el rey sospechaba no sé qué mal de aquel buen hombre, si pasaba: pues tampoco permitía que otros obispos pasaran. Este impedimento, aunque fue contrario a la voluntad de Malaquías, no lo fue a su deseo. Se dolía de ser diferido de su deseo, sin saber que más bien por esto se cumpliría. Pues si hubiera pasado de inmediato, habría tenido que pasar también por Claraval, para seguir al sumo Pontífice. Ya había partido, y estaba en Roma, o cerca de Roma. Ahora, sin embargo, intercediendo la demora, se hizo que al cruzar más tarde, llegara oportunamente al lugar y hora de su santísima muerte.

CAPÍTULO XXXI. Llega nuevamente a Claraval, para morir en el lugar y tiempo que había deseado.

70. Fue recibido por nosotros como verdadero, viniendo de Occidente, visitándonos el Oriente desde lo alto. ¡Oh cuánto aumentó aquel sol de claridad irradiando sobre nuestro Valle Claro! ¡Qué día tan alegre y festivo nos iluminó con su llegada! Este es el día que hizo el Señor, ¡regocijémonos y alegrémonos en él! ¡Qué rápido y saltando, aunque tembloroso y débil, corrí a su encuentro! ¡Con qué alegría corrí a sus besos! ¡Con qué brazos alegres abracé la gracia enviada desde el cielo! ¡Con qué rostro y ánimo alegre, mi padre, te introduje en la casa de mi madre, y en la habitación de mi madre! ¡Qué días tan festivos pasé contigo, aunque pocos! ¿Y qué nos dio él a cambio? Sin duda, nuestro peregrino se mostraba alegre y

afable con todos, increíblemente grato para todos. ¡Qué buen y agradable huésped fue entre aquellos a quienes vino a ver desde los confines de la tierra, no para escuchar a Salomón, sino para mostrarse! Finalmente, escuchamos su sabiduría, disfrutamos de su presencia, y aún la conservamos. Ya habían pasado cuatro o cinco días de nuestra solemnidad, cuando, en el día solemne del bienaventurado evangelista Lucas, celebrada la Misa con su santa devoción, fue atacado por la fiebre y se postró en cama: y nosotros con él. La tristeza ocupó el extremo de nuestra alegría, aunque más moderada, porque la fiebre parecía ser leve. Veías a los hermanos correr, ávidos de dar o recibir. ¿A quién no le era dulce verlo? ¿A quién no le era más dulce servirle? Ambas cosas eran agradables, ambas saludables. Era un acto de humanidad ofrecer servicio, y un progreso personal para cada uno, al recibir gracia. Todos asistían, todos estaban solícitos en el frecuente ministerio: buscar medicinas, aplicar fomentos, insistir en que probara algo. A lo que él decía: «Sin razón,» decía «hago esto por el amor que me tienen, lo que me ordenan.» Sabía que se acercaba el tiempo de su partida.

71. Y cuando los hermanos que habían venido con él insistían con más confianza diciendo que no debía desconfiar de la vida; pues no aparecían en él signos de muerte: «Es necesario,» dijo, «que este año Malachías salga del cuerpo.» Y añadió: «He aquí que se acerca el día que, como bien saben, siempre he deseado que fuera el día de mi liberación. Sé en quién he creído, y estoy seguro; no seré defraudado en el resto de mi deseo, del cual ya tengo una parte. Aquel que en su misericordia me condujo al lugar que pedí, al término que igualmente deseé, no me lo negará. En cuanto a este cuerpo, aquí está mi descanso: en cuanto al alma, el Señor proveerá, quien salva a los que esperan en Él. Y no es poca la esperanza que tengo en aquel día, en el que tantos beneficios se otorgan a los muertos por los vivos.» No estaba lejos ese día cuando decía tales cosas. Mientras tanto, ordena que lo unjan con el santo óleo. Al salir la comunidad de los hermanos para que se hiciera solemnemente, no soportó que subieran a él: él mismo descendió a ellos. Estaba acostado en el solario de la casa superior. Fue ungido, y tomando el Viático, encomendándose a las oraciones de los hermanos, y encomendando a los hermanos a Dios, regresó a su lecho. Bajó del alto solario con sus propios pies, y de nuevo subió con sus propios pies: y decía que la muerte estaba en las puertas. ¿Quién creería que este hombre iba a morir? Solo él y Dios podían saberlo. No parecía más pálido, ni más delgado; no tenía la frente arrugada, ni los ojos hundidos, ni las narices afinadas, ni los labios contraídos, ni los dientes quemados, ni el cuello consumido y delgado, ni los hombros encorvados, ni la carne agotada en el resto del cuerpo. Esta era la gracia de su cuerpo, y esta la gloria de su rostro, que no se desvaneció, ni siquiera en la muerte. Así como vivió, así también muerto aparecía, más parecido a un viviente.

72. Hemos corrido hasta aquí: pero ahora nos detenemos, porque Malachías ha completado su carrera. Él se detiene, y nosotros igualmente nos detenemos con él. De otro modo, ¿quién correría gustosamente hacia la muerte? especialmente la tuya, padre santo, ¿quién podría relatarla? ¿quién querría escucharla? Sin embargo, nos amamos en vida; en la muerte no nos separaremos. Hermanos, no dejemos en la muerte a quien seguimos en vida. Desde la lejana Escocia hasta aquí corrió él hacia la muerte: vayamos también nosotros, y muramos con él. Es necesario, es necesario decir lo que fue necesario ver. Se acerca la clara celebración de Todos los Santos; pero según el antiguo dicho, la música en el duelo es una narración inoportuna (Ecli. XXII, 6). Estamos presentes, cantamos aunque no queramos. Lloramos cantando, y cantando lloramos. Malachías, aunque no canta, no llora tampoco: ¿Por qué lloraría quien se acerca al gozo? A nosotros, que quedamos, nos queda el luto: solo Malachías celebra la fiesta. Porque lo que no puede hacer con el cuerpo, lo hace con la mente, como está escrito: El pensamiento del hombre te confesará, y el resto de los pensamientos celebrarán una fiesta para ti (Sal. LXXV, 11). Al fallarle el instrumento del cuerpo, al callar el órgano de

la boca, al cesar el oficio de la voz, le queda solemnizar con el júbilo de la mente. ¿Por qué no habría de solemnizar el santo, que es llevado a la solemnidad de los santos? Les ofrece a ellos lo que pronto se le deberá a él. Aún un poco, y él mismo será uno de ellos.

73. Al crepúsculo de la noche, cuando ya de alguna manera habíamos completado la celebración del día, Malachías se había acercado, no al crepúsculo, sino al amanecer. ¿No es para él el amanecer, para quien la noche ha precedido, pero el día se ha acercado? Así, con la fiebre aumentando, comenzó a brotar un sudor ardiente por todo su cuerpo, como si de alguna manera, pasando por el fuego y el agua, fuera llevado al refrigerio. Ya se desespera de su vida, ya cada uno reprende su propio juicio, ya nadie duda de que prevalece la sentencia de Malachías. Somos llamados: estamos presentes. Y él, levantando los ojos hacia los que lo rodean, dice: «Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros. Doy gracias a la piedad suprema: no he sido defraudado de mi deseo.» ¿Ves a un hombre seguro en la muerte, y aún no muerto, ya seguro de la vida? No es de extrañar. Viendo que la noche que había esperado estaba presente, y en ella amanecía para él; como triunfando sobre la noche, parece desafiar las tinieblas, y de alguna manera decir: «Ya no diré, Quizás las tinieblas me aplastarán, porque esta noche es mi iluminación en mis delicias.» Y consolándonos amablemente: «Cuidad de mí,» dice, «yo de vosotros, si me es permitido, no os olvidaré. Pero se me permitirá. Creí en Dios, y todo es posible para el que cree. Amé a Dios: os amé a vosotros, y la caridad nunca falla.» Y levantando los ojos al cielo: «Dios,» dice, «guárdalos en tu nombre: no solo a ellos, sino también a todos los que por mi palabra y ministerio se han entregado a tu servicio.» Luego, imponiendo las manos a cada uno, y bendiciendo a todos, ordena que se vayan a descansar, porque aún no había llegado su hora.

74. Vamos: regresamos alrededor de la medianoche: pues a esa hora se anuncia que la luz brilla en las tinieblas. La casa se llena: está presente toda la congregación: también muchos abades que habían llegado. Con salmos, himnos y cánticos espirituales acompañamos al amigo que regresa a su patria. En el año de su edad cincuenta y cuatro, en el lugar y tiempo que eligió y predijo, Malachías, obispo y legado de la santa sede apostólica, como si fuera tomado de nuestras manos por los ángeles, felizmente durmió en el Señor. Y verdaderamente durmió. Su rostro apacible fue indicio de una salida apacible. Y ciertamente todos los ojos estaban fijos en él: sin embargo, nadie pudo advertir cuándo salió. Muerto se le creía vivo, y vivo se le creía muerto: tanto que nada interrumpió lo que separaría a uno del otro. La misma vivacidad del rostro, la misma serenidad, como suele aparecer en el que duerme. Dirías que la muerte no se llevó nada de esto, más bien lo aumentó mucho. No cambió, sino que él mismo cambió a todos. De manera maravillosa, el luto y el gemido de todos cesan de repente: el dolor se transforma en alegría, el canto excluye el llanto. Es llevado, las voces se elevan al cielo, es llevado al oratorio sobre los hombros de los abades. La fe vence, el afecto triunfa, la cosa vuelve a su estado: todo se lleva a cabo en orden, todo procede con razón.

75. Y en verdad, ¿qué razón hay para llorar desmesuradamente a Malachías, como si su muerte no fuera preciosa, como si no fuera más un sueño que una muerte; como si no fuera el puerto de la muerte, y la puerta de la vida? ¿Malachías, nuestro amigo, duerme, y yo lloraré? Este luto se sostiene por el uso, no por la razón. Si el Señor dio a su amado el sueño, y tal sueño, en el que la herencia del Señor, los hijos son recompensa, fruto del vientre, ¿cuál de estas cosas parece indicar llanto? ¿Lloraré yo a aquel que ha escapado del llanto? Él danza, él triunfa, él ha sido introducido en el gozo de su Señor; ¿y yo lo lloraré? Deseo esto para mí, no se lo envidio a él. Mientras tanto, se preparan las exequias: se ofrece el sacrificio por él; todo se consuma según la costumbre con la máxima devoción. Un niño estaba de pie a cierta distancia, con un brazo muerto colgando a su lado, más un impedimento que una utilidad para él. Al enterarme, hice una señal para que se acercara: y tomando su mano seca, la apliqué a la

mano del Obispo, y la vivificó. Sin duda, la gracia de las sanaciones vivía en el muerto: y su mano fue para la mano muerta lo que Eliseo fue para el hombre muerto (2 Reyes 13, 21). Aquel niño había venido de lejos, y la mano que había traído colgando, la llevó sana de regreso a su patria. Ya con todo debidamente cumplido, en el mismo oratorio de la santa Madre de Dios, en el que a Malachías le complació bien, es entregado a la sepultura, en el año de la Encarnación del Señor mil ciento cuarenta y ocho, el cuarto día antes de las nonas de noviembre. Es tuyo, buen Jesús, el depósito que nos ha sido confiado; tu tesoro, que se guarda entre nosotros. Lo guardamos para entregarlo en el tiempo que consideres reclamarlo: solo que no salga sin sus compañeros, sino que quien fue nuestro huésped, sea nuestro guía, para reinar contigo y con él por los siglos de los siglos. Amén.